
Selección
TERROR
BOLSILIBROS
LOU CARRIGAN
LOS PERFIDOS OJOS DEL MUERTO

¿Cuál de vosotros va a ser mi heredero? Es muy simple: lo será aquel de vosotros que encuentre, en mi mansión de Pettycur, mis ojos, que en estos momentos están allí escondidos. Aldo os dirá lo que tenéis que hacer, aunque puedo adelantaros dos puntos importantísimos de este juego. Uno: nadie deberá ir a mi mansión de Pettycur antes de transcurridas cuarenta y ocho horas de la lectura de estas disposiciones mías. Dos: aunque mis ojos fuesen encontrados por uno de vosotros ya el primer día de vuestra estancia en mi mansión, la disposición testamentaria no entrará en vigor hasta dentro de un mes; es decir, que sólo dentro de un mes recibirá el señor Pilkington al ganador, examinará mis ojos en presencia de mi buen y fiel Aldo, y, asegurado de la autenticidad de dichos mis ojos, nombrará formalmente heredero mío a quien de vosotros haya encontrado mis ojos.

Tanto tiempo criticando mis ojos, y ahora van a significar una enorme fortuna para aquel de vosotros que los encuentre…



Lou Carrigan

Los pérfidos ojos del muerto

Bolsilibros: Selección Terror - 401

ePub r1.2
xico_weno 03.01.16

Título original: *Los pérfidos ojos del muerto*
Lou Carrigan, 1980

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Finalmente, procedente de Sevilla, Madrid y Londres, Max Novack llegó a Edimburgo, Escocia. El avión en el que viajaba tomó tierra en el Turnhouse Airport, y, minutos más tarde, Novack aparecía en el vestíbulo del aeropuerto, llevando personalmente su única maleta y su maletín de viaje.

Un sujeto interesante, Maxwell Novack. Metro ochenta y dos, delgado pero fuerte, pelirrojo, ojos azules, boca grande de gesto amable, expresión de simpática tolerancia para con el mundo que le rodeaba. Resultaba un tipo agradable, tranquilo, sedante. Vestía con cierto descuido que le daba un aire deportivo, pero sus ropas eran de primerísima calidad. Se tardaba muy poco en darse cuenta de que Max Novack tenía lo que se llama auténtica clase.

En definitiva, era inconfundible.

En cambio, él no sabía quién le estaba esperando en el aeropuerto, así que se dispuso a esperar. Se sentó en una de las butacas, encendió un cigarrillo, y eso fue todo. Nunca tenía prisa, nunca se precipitaba en nada. Quizá esta peculiaridad de su carácter era la que le había inclinado a dedicarse al estudio de la Historia. Concretamente, en los últimos dos años se dedicaba a escribir un libro sobre la Historia de España en cuanto a su herencia cultural e histórica recibida de los árabes. Por eso residía en Sevilla, desde donde hacía viajes a los puntos del sur y este de España donde más huellas quedaban de la presencia árabe…

La muchacha que lo estaba mirando desde cierta distancia también era notable. Y, coincidencia, también era pelirroja. Debía medir cerca de metro setenta y cinco, pero todavía parecía más alta debido a los tacones de sus zapatos» que esbeltecían la forma de sus preciosas piernas. Era preciosa, de boca grande y roja, ojos verdes, garganta delicada, y un cuerpo escultural y pleno, de turnias rotundas. Su atuendo era de una elegancia basada más en el buen

gusto que en la excesiva calidad de las ropas. Discreta y sobria…, pero inevitablemente llamativa debido a su belleza.

Durante unos segundos, la muchacha estuvo mirando a Max Novack, un poco como… fascinada, quizá. Su hermosa boca roja estaba entreabierta, sus verdes ojos parecían no poder mirar nada que no fuese el recién llegado que ahora fumaba sosegadamente.

Por fin, la muchacha se acercó. Cuando se detuvo ante Max Novack, éste alzó la cabeza, la miró, y tras un parpadeo de admiración sonrió amablemente.

—Soy Janet Trenton, señor Novack —dijo la muchacha—. Sea bienvenido a Escocia. Espero que haya tenido buen viaje.

Max, que se había puesto en pie rápidamente, tendió su mano.

—Encantado de conocerla, señorita Trenton. Sí, gracias, he tenido un viaje muy agradable. Entiendo que es usted la persona que ha venido a esperarme para llevarme directamente a la funeraria.

—Así es. ¿Tiene usted que recoger más equipaje?

—No, no. Sólo traigo esto —señaló la maleta, en el suelo, y el maletín—. Podemos partir cuando guste. Imagino que ha traído usted coche.

—Desde luego.

—Estupendo. Hace un hermoso día, ¿verdad?

—De vez en cuando, hasta en Edimburgo vemos el sol, señor Novack. Aunque supongo que no es lo mismo que en España.

—No —reflexionó Max—, no es lo mismo, se lo aseguro. ¡Y no le digo nada en Sevilla! ¿Ha estado usted en Sevilla?

—Siento tener que decir que no.

Max, que había tirado el cigarrillo a un cenicero y había cargado con la maleta y el maletín, la miro como apenado.

—Debería poner pronto remedio a eso, señorita Trenton —dijo, comenzando a caminar hacia la salida—. Aproveche sus próximas vacaciones para ir allá. Y naturalmente, si lo hace cuente conmigo para servirle de guía.

—Gracias —sonrió Janet—. Pero temo que le perturbaría en sus estudios para escribir ese libro de Historia.

—No importa, no importa. De vez en cuando es agradable darse una vuelta por allá sin pensar en tomar datos para… ¡Ah! ¿Sabe usted que estoy dedicado a eso?

—Lo oí comentar la última vez que estuvo usted en Edimburgo, cuando visitó la empresa, para hacerse cargo de las acciones de su padre.

El gesto de Max se ensombreció un instante.

—Sí —murmuró—, parece que sólo vuelvo a Edimburgo cuando hay algún fallecimiento… Entonces fue mi padre, ahora ese pobre de Donald Mac Laglen…

—¿Pobre? —Lo miró sorprendida Janet.

—Bueno, es un modo de hablar —rió Max—. Sé de sobra que Donald Mac Laglen era riquísimo. Y hasta creo recordar que era el socio mayoritario de la TV Supplies Enterprises, y por tanto el más rico de todos los socios, el director general, presidente del Consejo de Administración… Bueno, todo cuanto se podía ser en plan dirigente dentro de una empresa, eso era Donald Mac Laglen. Pero ya la palmó, así que… ¡pobre Mac Laglen!

—¿Qué quiere decir palmó?

—Que estiró la pata. Que murió.

—Ah. Sí, claro.

—¿Trabaja usted en la TVSE?

—Desde hace cinco años, señor Novack.

—¿De veras? ¡Pues no recuerdo haberla visto en mi anterior viaje!

—Yo no era entonces la secretaria del señor Mac Laglen —lo miró de reojo Janet—, sino una de las muchas empleadas corrientes, por decirlo así. De todos modos, me vio usted. Mejor dicho, me miro, pero no me vio.

—Vaya…

—En cambio, yo le recordaba a usted perfectamente.

—Lo que significa —la miró sonriente Max— que usted me miró y además me vio.

—Sí.

—Claro. Y por eso la han enviado a usted a recogerme: porque me conoce.

—Me ofrecí voluntariamente, señor Novack.

—¿Si? ¡Caramba, es usted muy amable, señorita Trenton! ¿Se da cuenta? Si viene a España no tendré más remedio que encargarme de usted, en justa correspondencia.

—Quizá vaya —le miró de nuevo de reojo Janet—. Pero hay una

diferencia entre recibirle a usted en Edimburgo o que me reciba usted a mí en Sevilla: usted conoce Edimburgo y toda Escocia tanto como yo, pues es escocés, así que no me necesita para nada. En cambio, yo no sabría qué hacer en Sevilla, y por tanto, le necesitaría a usted.

—Ya se le ocurrirían cosas que hacer allá, aun sin mí. Bueno, es agradable volver de vez en cuando a la vieja Escocia, pero no lo sé todo sobre ella.

—¿No? ¡Imposible! Un historiador escocés tiene que saberlo todo sobre Escocia, señor Novack.

—Casi todo: por ejemplo, no sé dónde está esa funeraria donde yace el pobre Mac Laglen, así que… ¿qué haría yo en Escocia sin usted, señorita Trenton?

Ella se limitó a sonreír. Llegaron al coche, cargaron la maleta y el maletín, y ocuparon los asientos delanteros. Janet puso el vehículo en marcha, y segundos después conducía de regreso a Edimburgo.

—¿Cómo van las cosas por la TVSE? —Preguntó Max—. ¿Ha habido muchos cambios…, aparte de su ascenso meteórico a secretaria del pobre Mac Laglen?

—No. Casi todo sigue igual. El señor Zucker sigue siendo el vicepresidente, el señor Bowie el tesorero, y los señores Merrill, Stoddard y Carruthers siguen componiendo el resto del equipo directivo de la empresa. Zucker y Bowie siguen solteros y los otros tres no se han divorciado. La empresa marcha estupendamente, y la única novedad está, precisamente, en el deseo del señor Mac Laglen.

—Es usted una informadora escueta y eficaz —se volvió Max hacia ella en el asiento—. ¿De verdad no la vi cuando la miré?

—La prueba está en que no me ha reconocido.

—Estoy seguro de que a partir de ahora la reconoceré siempre que vuelva a verla. Bueno, yo la estoy llamando «señorita», pero quizá no es así. Quiero decir…

—Sigo soltera, señor Novack —le dirigió una divertida mirada Janet.

—Es una buena noticia.

Janet le miró de reojo, y su boca quedó un poco entreabierta. Miró de nuevo rápidamente al frente.

—En realidad —dijo— sólo le están esperando a usted para proceder al sepelio del señor Mac Laglen. Será incinerado en la funeraria. Acto seguido, según las últimas disposiciones del señor Mac Laglen, unas cuantas personas deberemos ir al despacho del notario señor Pilkington.

—¿Usted está incluida en ese grupo?

—Sí.

—¿Es accionista de la empresa?

—No.

—Ya. De todos modos, parece evidente que el pobre Mac Laglen debió tomarle afecto últimamente.

Janet Trenton se sonrojó intensamente.

—¿Qué quiere decir? —murmuró.

—Bueno, si va a estar presente en la lectura del testamento o en cualquier reunión preliminar, parece que Mac Laglen la ha incluido entre sus beneficiarios.

Janet le dirigió una mirada de incredulidad.

—¿Supone usted —exclamó— que la reunión es para decimos que el señor Mac Laglen nos ha legado toda su fortuna, sus acciones de la empresa, cualquier clase de bienes…?

—¿No es así? —Se sorprendió Max.

—No lo sabemos. Pero todos dudan muchísimo de que el señor Mac Laglen tenga con nosotros un gesto amable ni siquiera a la hora de su muerte.

—Me parece que no comprendo. Mac Laglen no tenía a nadie en el mundo, todo su círculo de vida se reducía a la TVSE, así que fuese lo que fuese lo que tuviera, no se me ocurre a quién podría legárselo sino a sus socios, amigos, y a la propia empresa. A mí me parece bastante lógico, señorita Trenton.

—Señor Novack: ¿sabe usted cómo llamaban en la empresa al señor Mac Laglen desde hacía ya mucho tiempo?

—No. Bueno, ya sabe que yo nunca me he interesado gran cosa por los asuntos económicos, y que…

—Lo llamaban el Pérfido.

—¡Caray! —Respingó Max—. ¿Y eso por qué?

—¿Nunca se fijó usted bien en los ojos del señor Mac Laglen?

—Verá usted, señorita Trenton…, si no me fijé en unos ojos como los de usted, ¿qué demonios iba a fijarme en los ojos de Mac

Laglen?

Janet rió quedamente, y su bello rostro pareció iluminarse. Max se acomodó todavía mejor sentado de lado en el asiento, para seguir contemplándola a sus anchas con un descaro total. Tenía un perfil delicioso. Y no sólo en el rostro, sino en la línea de la garganta, en los senos pujantes, altos…

—Me está poniendo nerviosa —dijo Janet.

—Lo siento. Espero que mis ojos merezcan tanta atención como los de Mac Laglen, de todos modos. ¿Qué había de especial en los ojos de él para fijarse en ellos?

—Había… toda la perfidia de su carácter. Se le veía claramente. Por eso lo llamaban el Pérfido. Por eso, y por las cosas que hacía.

—¿Qué cosas hacía?

—Cosas pérfidas. Como de todos modos va usted a enterarse, le diré que desde hacía bastante tiempo las relaciones entre el señor Mac Laglen y los demás no eran precisamente buenas. Él siempre se las arreglaba para molestarlos, humillarlos, fastidiarlos de mil modos diferentes. Y, señor Novack, ¡disfrutaba con ello!

—¿Y por qué hacía eso Mac Laglen? —musitó Max.

—Se le había metido en la cabeza que todos le odiaban, le despreciaban, le envidiaban…, toda una serie de cosas. Estaba convencido de que nadie le amaba, en ningún sentido. Creo… que vivía últimamente un poco… mortificado, especialmente desde que se enteró de que le llamaban el Pérfido, por sus acciones y sus ojos de mirada… inquietante. Yo le conocía bastante bien, y sé que estaba mortificado y resentido mucho con todos.

—¿Con usted también?

—Sí. También.

—¿Usted le odiaba, le despreciaba y todo eso?

—Creo… creo que le tenía miedo. ¡Oh, Dios mío, aquellos ojos que siempre me miraban… de aquel modo! He estado varias veces a punto de marcharme de la empresa, se lo aseguro.

—¿Y por qué no lo hizo, si tanto la desasosegaba la mirada de Mac Laglen?

Janet le dirigió una velocísima mirada de reojo.

—Quería seguir en la TVSE…, pese a todo. Había un ambiente… tan hostil y extraño, tan inquietante. Y cuanto más se notaba esto, más… más pérfido parecía tornarse el señor Mac Laglen. Todos

tienen muchas cosas contra él. Y él parecía odiarlos a todos, así que… no creo que su testamento favorezca a nadie de la empresa.

—Entiendo. ¿Qué cosas tiene usted contra él?

Janet Trenton guardó silencio. Max estuvo unos segundos esperando en vano la respuesta. El corto trayecto entre el aeropuerto y Edimburgo estaba finalizando.

—Bien —murmuró Max—. Quizá sí quiera decirme de qué ha fallecido Mac Laglen. ¿O eso tampoco?

—Tuvo un ataque al corazón. Lo llevamos al Saint Andrew's Hospital, y allá falleció poco después, pese a que al principio parecía que se iba a reponer.

—El corazón… Sí, es un aparatito que hace años está advirtiendo al mundo de que no se le trata adecuadamente. Pero nadie hace caso. Supongo que Mac Laglen, con tantos cargos, trabajaba demasiado.

—No crea. La mayor parte de su tiempo lo dedicaba a pensar perfidias, el modo de fastidiar o los demás.

—Vamos, señorita Trenton, está usted exagerando…

Janet miró directamente a Max, parpadeó, y se abstuvo de contestar. Estaban entrando en Edimburgo por West Coates, que enseguida tomaba el nombre de Haymarket Terrace. Podían ver ya el Castillo, en el centro de la ciudad. Max Novack experimentó la emoción de siempre al ver el símbolo de su amada ciudad, pero se sentía inquieto, turbado.

—Esto no se lo he dicho a nadie nunca, señor Novack —dijo de pronto Janet, atrayendo su atención—, pero sé que usted no lo comentará… El señor Mac Laglen me propuso que fuese su amante en el despacho, y cuando me negué dijo que yo era una puta que lo hacía con todos, que yo era… una perra caliente. Y al día siguiente trajo al despacho un perro pastor alemán enorme.

Max tragó saliva.

—¿Para qué?

—Dijo… dijo que como yo era una perra, pues… pues que allá tenía… a mi pareja, y que quería… que lo hiciera con el perro.

Max estuvo a punto de preguntar «que hiciera, ¿qué?», pero no tuvo más remedio que comprender. Quedó pálido, mirando desconcertado e impresionado a la muchacha.

—Por Dios —masculló por fin—. ¿Y cómo se le ocurrió a usted permanecer a su lado después de eso?

—Yo quería… permanecer en la empresa.

—Supongo que debía tener importantísimos motivos para eso, para soportar aquella bestialidad.

—Sí… Si, los tenía. Los tengo.

—¿La posible herencia?

—Claro que no. Ya le he dicho que no espero nada del señor Mac Laglen. Nadie espera nada. Nada bueno, quiero decir. Mis motivos eran y son de índole personal, íntima.

—¡Ah! Creo que entiendo. Ama usted a alguien de la TVSE, ¿no es así?

—Más o menos.

—¿Sabe que es usted muy enigmática? ¡Y me ha puesto en un estado de ánimo verdaderamente deprimido, y hasta preocupado! Espero que no se cumplan sus augurios sombríos, francamente.

—Ojalá. De todos modos, puesto que el señor Mac Laglen ya está muerto, no podrá de ninguna manera hacer daño a nadie, y eso es lo que importa. Se le podía temer en vida, pero… ¿qué puede hacernos ahora que ya está muerto? ¡Nada!

—Claro —murmuró Max—, nada…

CAPÍTULO II

Estaba muerto.

Y bien muerto.

Yacía en el lujoso ataúd instalado en el catafalco de uno de los compartimientos de la funeraria, y nada más entrar allí y ver el rostro de Donald Mac Laglen, Max estuvo a punto, de lanzar una exclamación de sobresalto, de espanto. Pero se limitó a palidecer, y se quedó mirando, obsesionado, las vacías cuencas de los ojos del difunto.

Los párpados, que parecían de cera, como todo el rostro, se hundían levemente hacia el hueco dejado por los globos oculares, y había en la juntura de ellos, entre el inferior y el superior, como unas gotitas de sangre seca. El espectáculo era impresionante, sobrecogedor. Todo era normal en el cadáver de Donald Mac Laglen…, todo, menos las vacías cuencas de los ojos, y aquellas estrellitas de sangre en el hueco, como juntando los párpados flojos, arrugados.

En definitiva, o Max se estaba volviendo un visionario, o, simplemente, a Donald Mac Laglen le habían quitado los ojos.

—Por el amor de Dios —pudo jadear por fin Max Novack—. ¿Qué es esto?

Se volvió a mirar a Janet, que era la única que había entrado con él; los demás permanecían en la salita adjunta. Estaban allí las personas más importantes de la TV Supplies Enterprises: Denis Zucker, Hillary Stoddard y su esposa Norah, Jess Merrill y su esposa Grace, Malcom Bowie, Ernest Carruthers y su esposa Cynthia… Había también algunos empleados de la empresa, muy pocos. Max los había saludado a todos al llegar, había cambiado algunas palabras de simpatía especialmente con las damas…, pero sólo ahora comprendía aquella expresión extraña, como de turbación y miedo, que había visto en todos.

—Ya ve usted —susurró Janet—, no tiene los ojos.

—Pero…
pe-pero
… ¿qué ha pasado? ¿Dónde están los… los ojos…?

—El director de la funeraria nos ha presentado un documento, firmado por el señor Mac Laglen, que autorizaba la entrega de sus ojos para el banco de ojos, para que algún invidente pudiera beneficiarse de ellos. Este documento lo trajo Aldo Morton, el mayordomo del señor Mac Laglen al mismo tiempo que el cadáver, desde el hospital. Fue allá donde un cirujano especializado vació las cuencas del señor Mac Laglen. Todo legal, puesto que tenían la autorización de él.

Max Novack se pasó una mano por la frente.

—Señorita Trenton, la supongo a usted lo bastante culta para saber que cuando se hace donación de los ojos, no son éstos los que se donan, es decir, no todo el globo ocular, sino solamente el cristalino. Un cirujano corriente puede retirar del globo ocultar el cristalino sin estropear en absoluto el resto del ojo, que permanece en su sitio. Es más, si la operación está mínimamente bien hecha, ni siquiera se nota que el cristalino ha sido retirado del ojo, de modo que los ojos de cualquier persona en esas condiciones se ven con toda normalidad, como si nada hubiera pasado… ¿Sabía usted esto?

—Desde luego.

—Bien. Entonces… ¿qué ha pasado con los ojos de Mac Laglen, con los dos globos oculares?

—Al parecer, esto sólo lo sabe el mayordomo del señor Mac Laglen. Aldo Morton.

—¿Quiere usted decir que Aldo no ha dado ninguna explicación al respecto?

—Ha dicho claramente que sólo lo dirá cuando llegue el momento. Está obedeciendo las instrucciones de su amo y señor, el pérfido Mac Laglen, naturalmente.

—Esto es increíble… ¡Increíble! Voy a preguntarle ahora mismo a Aldo… Ahora que recuerdo: ¡no lo he visto ahí fuera!

—No está, en efecto. Pero llegará en cualquier momento. No se perderá la despedida definitiva de su amo. Por cierto —Janet miró su relojito de pulsera—, si no está aquí antes de veinte minutos tendremos que realizar la ceremonia sin él.

Max volvió a mirar el rostro del muerto. La sensación de desagrado se hizo notar de nuevo, observando aquellas facciones que parecían de cera, pese al exquisito maquillaje. Pero ¿por qué el maquillador no había retocado los párpados? Podía haber rellenado las cuencas de los ojos con algo, retirar aquellas gotitas de sangre, dejarlo de tal modo que nadie se hubiera percatado de la ausencia de los ojos del muerto. Pero no. Se veía enseguida que las cuencas estaban vacías…

Y aquella expresión…

Aquella sonrisa.

Sí, era una sonrisa. El maquillador había modelado una sonrisa en las facciones del muerto. Era… siniestro. La sonrisa resultaba maligna, perversa, ¡pérfida! Sí, pérfida.

Max Novack estaba fascinado y sobrecogido por la sonrisa del muerto. La frente angosta, las facciones angulosas… Donald Mac Laglen había fallecido a los sesenta y cuatro años de edad. Había sido un hombre de peso y estatura medianos, nada relevante. Vulgar. Pero ahora no era vulgar, no… No lo era en modo alguno.

Max notó el contacto en su mano, y se sobresaltó. Pero su sobresalto estaba injustificado: era la mano de Janet, que había tomado la suya y tiraba de ella.

—¿No prefiere salir de aquí, señor Novack?

—Sí… Desde luego que sí. ¡Demonios, sí!

Cuando pasaron a la salita, Max captó las miradas inquisitivas de los demás, fijas en él. Encogió los hombros. ¿Qué esperaban que él dijera? Sabía lo mismo que ellos, o sea nada.

—Siempre fue un hombre horrible —dijo Grace Merrill, con voz aguda—. ¡Dios mío, hasta el último momento nos ha tenido que asustar…!

Su voz había roto un silencio que se reanudó, como si ni siquiera hubiera sido interrumpido, como si fuesen las leves ondas que una piedra provoca al caer al agua, y que finalmente se desvanecen, sin dejar rastro alguno. Max frunció el ceño, y salió al pasillo, seguido de Janet, a la que ofreció un cigarrillo. El silencio en la funeraria era enervante. Olía a flores con una densidad que incluso llegaba a lo repugnante.

—Está arrepentido de haber venido, ¿verdad? —musitó Janet.

—Francamente, sí. Y me pregunto por qué lo he hecho.

—Bueno, la disposición final del señor Mac Laglen le incluía a usted entre el grupo de personas que esta tarde deberá estar presente en el despacho del notario. Teníamos que avisarle, señor Novack.

—Sí, sí, comprendo eso. Pero bien mirado, ¿qué demonios me importa a mí todo esto? Soy un simple accionista que cobro mis dividendos, y punto final. Ni siquiera he tenido nunca tratos dignos de mención con Mac Laglen. Era mi padre quien trabajó con él muchos años, no yo.

—Pero su padre falleció, señor Novack, y pienso que el señor Mac Laglen ha querido extender a usted su… legado, como único descendiente de quien estuvo con él tanto tiempo. Por los motivos que sean, está claro que le consideró a usted como heredero de lo que sea como si usted fuese su propio padre.

—De buena gana me volvería ahora mismo a Sevilla. No sé, me encuentro… inquieto, siento algo desagradable en mi entorno… ¡Hay algo que me está poniendo los pelos de punta!

—Todos sentimos más o menos lo mismo que usted.

—Me parece lógico… ¡Por Dios, qué cosa tan desagradable, tan… tan inquietante!

—Y eso —deslizó Janet— que usted lo ha visto muerto al señor Mac Laglen. ¡Si lo hubiera visto últimamente en vida…!

La muchacha se estremeció, y Max sintió que el estremecimiento de ella se le contagiaba, como un lento escalofrío. ¿Por qué demonios tenía que haber venido? Sus acciones le proporcionaban dividendos más que suficientes para vivir en España sin ninguna complicación, no necesitaba ni ambicionaba más dinero, aparte de que estaba ganando buenas pesetas escribiendo artículos en un par de revistas españolas… Tenía buenos amigos en Sevilla. Y en toda la Costa del Sol. Y en Granada, y en… Gente simpática. ¿Qué demonios hacía él allí, contemplando un cadáver sin ojos?

Janet volvió a tomarle una mano, mirándole fijamente.

—Por lo menos —murmuró—, espere usted hasta ver qué dice el notario, ¿no le parece?

Max miró las manos de Janet sujetando una suya. Luego, miró los verdes ojos de la muchacha y sonrió.

—De acuerdo —dijo—, si no suelta usted mi mano. Janet.

Ella también sonrió, sosteniendo su mirada.

* * *

Las miradas de todos estaban fijas en el ataúd, que ya había sido cerrado, y, tras la ceremonia en la capilla, llevado al crematorio. En efecto, el mayordomo de Mac Laglen, el inescrutable Aldo Morton, había llegado a tiempo para la ceremonia, pero nadie había insistido en preguntarle lo que estaba bien claro que él todavía no iba a decir.

Max Novack recordaba vagamente al mayordomo, de una de las veces (pocas, recordaba sólo tres) en que estuvo con su padre a visitar a Donald Mac Laglen en su vieja casa, parecida a un castillo, construida ni otro lado de la bahía, cerca de la pequeña localidad de Pettycur. Entonces, Aldo no le había parecido siniestro, pero ahora sí se lo parecía. Bueno, no exactamente siniestro, pero sí hermético y sombrío. Era un hombre enorme. Alto, grueso, fuerte, sólido, de cara grande y cuadrada, ojos de un gris claro que a veces parecían de cristal. Su ropa era basta, de confección de baja calidad. Tenía en las manos el sombrero que utilizaba para proteger su calva cabeza de los fríos invernales. ¿Por qué demonios llevaba sombrero en verano? Claro que el verano de Escocia no era el verano de Sevilla, pero…

De acuerdo: siniestro, no, pero sí un poco tétrico. Eso era: tétrico. ¿Cuántos años debía tener? Entre cincuenta y cincuenta y cinco, sí. Por ahí debía andar.

Max notó el leve codazo de Janet, y reaccionó justo a tiempo para ver cómo el ataúd se deslizaba por la rampa hacia el crematorio. La puerta basculante se cerró, el ataúd desapareció. Eso fue todo. Hubo como un suspiro colectivo en los presentes, y por un momento pareció que la atmósfera se hubiese aligerado.

—¿Quién se hace cargo de los restos? —preguntó el empleado de la funeraria.

—Yo —dijo Aldo Morton.

—Tenga la bondad de seguirme. Damas y caballeros, la ceremonia ha terminado.

Aldo Morton se fue acompañando al empleado. Denis Zucker se acercó a Max.

—Tenemos que ir directamente a casa del notario señor Pilkington —dijo—. ¿Quiere que le lleve, Max?

—Gracias, pero iré con la señorita Trenton, que según entiendo

también ha de estar presente.

—Sí —murmuró Zucker, mirando pensativamente a Janet—, ella también ha de estar presente, en efecto. Bien, allá nos veremos entonces.

—Muy bien.

Janet y Max fueron los últimos en salir de la funeraria. Afuera hacía sol. Un tibio y deslucido sol de tarde, pero que a Max le pareció maravilloso en comparación con las sensaciones experimentadas en la funeraria. Sonrió cuando Janet le tomó de una mano y tiró de él hacia su coche. Acababan de sentarse en éste cuando vieron salir de la funeraria a Aldo Morton, llevando la caja que contenía las cenizas de Donald Mac Laglen.

—Me pregunto qué va a hacer con ellas —murmuró Janet.

—Espero que no se las coma.

—¿Qué…? ¡Por Dios!

—Todo puede suceder.

—¡No diga barbaridades, Maxwell!

—Le aseguro que puede suceder. Es decir, sucedió. Una familia guardó las cenizas del abuelo con tanto descuido que fueron a parar a la cocina; la sirvienta no supo dónde ponerlas, y finalmente las depositó en uno de los armarios, con otras cajas; poco después, la cocinera vio las cenizas en aquella caja, creyó que eran harina, y las utilizó para rebozar el pescado…

—¡Maxwell! ¡Eso es de muy mal gusto!

—Supongo que sí, pero le aseguro que yo no probé aquel pescado rebozado.

—¡Oh, por favor…!

—Me parece que debemos cambiar el tema de la conversación. En cuanto a nuestro fiel mayordomo, me parece que no está en muy buenas relaciones con nadie, puesto que, véalo, está tomando un taxi para dirigirse al despacho del señor notario…

* * *

El señor Pilkington, notario, era un hombre de personalidad y modales austeros y aristocráticos. Alto, delgado, serio, vestido impecablemente, los había recibido con suma cortesía en el salón de su casa, para luego, ya reunidos todos, introducirlos en el despacho, donde iba a proceder a la lectura del testamento. Según los deseos

del fallecido Donald Mac Laglen, el testamento debía ser leído el mismo día de su sepelio, y el señor Pilkington obedecía los deseos de su cliente, eso era todo.

Frente a su mesa de despacho estaban los directamente interesados, según la mención hecha aparte por Mac Laglen al señor Pilkington. Así que éste, ya cumplidas las formalidades previas, sentado tras su mesa, abrió el sobre lacrado. Había tal silencio en el despacho que cada ruido del papel parecía un cañonazo. Max Novack dirigía frecuentes miradas a Aldo Morton, sentado un poco aparte del grupo, con la caja conteniendo las cenizas de Mac Laglen sobré las rodillas.

Siniestro, sí.

—Por supuesto —dijo de pronto Pilkington—. Todos ustedes saben que el señor Mac Laglen estaba en uso de sus facultades mentales y físicas hasta el momento de su inesperada desgracia. También me permito suponer que están al corriente de sus finanzas, habida cuenta de que todos los aquí reunidos gozaban de su confianza, y, además, por su directa relación personal prácticamente diaria con él saben que el señor Mac Laglen era un hombre riquísimo. El total de sus bienes está calculado en casi tres millones y medio de libras. Ahora bien, si alguno de ustedes desea que esos bienes sean enumerados…

—No hace falta —dijo Denis Zucker—. En efecto, todos sabemos casi con toda exactitud lo relacionado con la fortuna del señor Mac Laglen.

—Muy bien. Es ya un poco tarde, y eso va a ahorrarnos un poco de tiempo. Si, por otra parte, pasamos por alto otras pequeñas formalidades de índole estrictamente legal, todavía podemos ahorrar más tiempo. Además, por expreso deseo del señor Mac Laglen, una vez leído el testamento cada uno de ustedes recibirá una fotocopia de él. Fotocopias que me he permitido tener ya dispuestas.

—Es usted muy eficaz, señor Pilkington —dijo Jess Merrill—. En lo que a nosotros respecta, puede proceder cuando guste a la lectura de la sustancia del testamento.

—Muy bien. Esa sustancia se reduce, en realidad, a una copia exacta de la carta que el señor Mac Laglen escribió para ustedes, y que me encargó que fuese insertada en el testamento. La carta dice

así:

»Estimados amigos y socios: Aunque bien sé que desde hace largo tiempo dejé de gozar de vuestra amistad y aprecio, y que terminasteis por ponerme el sobrenombre del Pérfido, quizá por mi carácter, quizá por mis ojos, que al parecer os desagradaban muchísimo, he decidido, previo cumplimiento de cierto requisito, que mi fortuna revierta en la TVSE para beneficio general de la empresa, pero, de modo especial y personal, en uno de vosotros. Digo esto porque si bien será uno sólo el que será propietario de mi fortuna, deberá invertirla en la TVSE en su noventa por ciento, quedando el diez por ciento para su disfrute directo y personal. El noventa por ciento que menciono le permitirá a mi heredero directo ser el propietario de la mayoría de acciones de la empresa, lo que, como todos sabéis, significa ser prácticamente el propietario, lo que a su vez implica ser el director general, el presidente del consejo de administración, y, en suma, el que al término de cada ejercicio anual percibirá la mayor parte de los dividendos.

»La conclusión final de todo esto es que, si bien la empresa resultará altamente beneficiada al no ser retirada parte del capital, sino aumentada la inversión, aquel que se convierta en mi heredero se convertirá en un hombre riquísimo, tanto por la cantidad representada por ese diez por ciento inicial, como por los beneficios que le producirán anualmente la mayoría de las acciones de la TVSE. Deseo al ganador la máxima felicidad y disfrute de la fortuna que me dispongo a legarle.

»Y ahora, veamos quién va a ser el ganador, el afortunado. Como una prueba de que mi perfidia no es o era tan grande como habéis estado manifestando a espaldas mías, he decidido donar mis ojos al banco de ojos; es decir, el cristalino de mis ojos, la parte científicamente aprovechable. De este modo, un ciego verá gracias a mí, y yo, en el otro mundo, tendré esa satisfacción, y os habré dado una lección de generosidad, de amor al prójimo…, aunque vosotros me hayáis estado considerando pérfido. Creo, honestamente, que erais vosotros los pérfidos, los que me habéis estado negando vuestro afecto, comprensión y compañía.

»Pero ya eso no importa.

»Ahora, escuchad bien: he donado el cristalino de mis ojos, pero no mis ojos. Éstos, por deseo expreso mío, me habrán sido

extirpados ya, y sometidos inmediatamente a un proceso de plastificación; digamos que han sido sometidos a un baño de plástico que los va a conservar durante muchísimo tiempo en perfecto estado de conservación, y que podrán ser manejados como si fueran realmente de plástico, o esos ojos de cristal que utilizan algunos tuertos. Van a ser como simples bolas de cristal, pero… serán mis ojos, que quiero que se conserven mucho, mucho tiempo. ¿Por qué? Pues porque quiero que el ganador de mi herencia me recuerde constantemente, y así, en lo sucesivo, tras constituirse en mi heredero deberá tener siempre mis ojos sobre la mesa de su despacho, encarados hacia él; en el momento en que deje de tenerlos, cualquier otro de los socios tendrá el derecho y la obligación de denunciar esto, pasando a ser automáticamente el heredero de todo lo mencionado.

»Pero, veamos cómo he decidido elegir a mi primer heredero, y espero que sea el único, considerando que todo lo que tendrá que hacer en el futuro para seguir mereciendo mi legado será tener sobre su mesa mis ojos. ¿Cuál de vosotros va a ser mi heredero? Es muy simple: lo será aquel de vosotros que encuentre, en mi mansión de Pettycur, mis ojos, que en estos momentos están allí escondidos, acto que ha realizado mi fiel Aldo, al cual desde este momento lego la cantidad inmediata y en metálico de cien mil libras. Aldo os dirá lo que tenéis que hacer, aunque puedo adelantaros dos puntos importantísimos de este juego. Uno: nadie deberá ir a mi mansión de Pettycur antes de transcurridas cuarenta y ocho horas de la lectura de estas disposiciones mías. Dos: aunque mis ojos fuesen encontrados por uno de vosotros ya el primer día de vuestra estancia en mi mansión, la disposición testamentaria no entrará en vigor hasta dentro de un mes; es decir, que sólo dentro de un mes recibirá el señor Pilkington al ganador, examinará mis ojos en presencia de mi buen y fiel Aldo, y, asegurado de la autenticidad de dichos mis ojos, nombrará formalmente heredero mío a quien de vosotros haya encontrado mis ojos, que espero que Aldo haya sabido esconder bien en la casa, para dar sabor al juego.

»De modo, queridos amigos, que ya veis: tanto tiempo criticando mis ojos, y ahora van a significar una enorme fortuna para aquel de vosotros que los encuentre. Espero que los busquéis con gran interés, y que, naturalmente, el ganador los tenga durante toda su

vida frente a él, mirándole desde un ángulo de su mesa del despacho.

»A la espera de que os reunáis todos pronto conmigo en este frío mundo de las tinieblas, se despide para siempre de todos vosotros, Donald Mac Laglen».

El notario terminó la lectura, alzó la mirada, y la paseó lentamente por los allí reunidos.

—Espero que todos hayan entendido en qué consisten las condiciones del señor Mac Laglen para designar a su único heredero directo. Si alguno tiene alguna duda…

—Ninguna duda —dijo Cynthia Carruthers, poniéndose en pie—. Y espero que usted también entienda esto enseguida, señor Pilkington: por lo que respecta a los Carruthers, puede tomar nota de que no vamos a tomar parte en ese juego. ¿No es así, Ernest?

—Bueno, querida…

—Creo que Cynthia tiene razón —intervino Norah Stoddard—. No tenemos por qué prestarnos a la última diversión de Mac Laglen. A mí no me seduce en absoluto ir a su mansión en busca de sus ojos… plastificados. ¡Es una casa siniestra! ¡Y no digamos sus ojos! ¡Que se vaya al infierno ese pérfido satánico!

—Vamos, vamos, Norah —refunfuñó Hillary Stoddard—, creo que estás exagerando, cariño.

—Quizá no —refunfuñó Malcom Bowie—. Creo que deberíamos ponernos todos de acuerdo y negarnos a tomar parte en esa búsqueda. Para mí está clarísimo que hasta después de muerto Donald quiere molestamos, humillarnos y provocarnos angustias y tensiones. ¡Eso de tener sus ojos toda la vida en la mesa del despacho…!

—A todo se acostumbra uno —apuntó Jess Merrill, sonriendo divertido—, hay quien tiene la foto de la suegra.

—¡Jess! —protestó Grace, su esposa.

—Creo que debemos tomarnos este asunto en serio —dijo el vicepresidente, Denis Zucker—. Es mucho dinero para uno sólo de nosotros, pero, además, significa que la TVSE seguirá contando con el capital actual, e incluso más. Eso, en definitiva, beneficiará a todos, así que debemos considerar el asunto adecuadamente.

—¿Qué pasaría si ninguno de nosotros aceptáramos esa… genialidad de Mac Laglen y nos negáramos a buscar sus ojos, señor

Pilkington?

—Toda la fortuna del señor Mac Laglen sería entregada al Gobierno, a fin de que fuese destinada exclusivamente a la fabricación de armamento.

—¡La madre que lo parió! —masculló Bowie.

Aldo Morton se puso en pie, y con su gesto atrajo la atención de todos.

—¿Alguno de ustedes desea alguna aclaración por mi parte? —preguntó con fría cortesía.

—Si —saltó enseguida Carruthers—. Nos gustaría que se dejara usted de tonterías y nos dijera dónde ha escondido los ojos plastificados de Mac Laglen.

—No puedo hacer eso, señor. Han de encontrarlos ustedes.

—¿Y qué hará usted mientras tanto? —se interesó Zucker.

—Todavía no lo he decidido, señor. Dispongo de un mes de tiempo hasta el momento de venir aquí a cumplir mi obligación de identificar los ojos del señor Mac Laglen, así que quizá haga un corto viaje. Aunque lo más probable es que permanezca en el apartamento que me dejó mi hermana hace un par de años, cuando se fue a vivir al sur de Francia con su hijo mayor… Considerando que acabo de heredar cien mil libras, me parece oportuno reflexionar sobre el modo de invertirlas adecuadamente.

—¿En la TVSE quizá? —Saltó Bowie, el tesorero.

—No, señor. A partir de ahora mismo quiero ser totalmente independiente, disfrutar de la generosidad del señor Mac Laglen el resto de mis días. Creo que buscaré una inversión segura y tranquila. No soy demasiado ambicioso, y con las rentas de las cien mil libras tendré suficiente.

—Un hombre afortunado —sonrió Max Novack.

Aldo Morton lo miró, pareció que fuese a sonreír, y, sin más, tras un gesto con la cabeza, abandonó el despacho de Pilkington. Durante unos segundos, reinó el silencio. Luego, Zucker masculló:

—¿Es legal todo esto, señor Pilkington?

—No veo la ilegalidad por parte alguna, señor Zucker. Me agradaría que usted entendiera que un notario no es la persona adecuada para respaldar ilegalidades.

—¡Hombre, no he querido decir…!

—Es legal. Muy peculiar, pero legal.

—Yo insisto… —empezó Cynthia Carruthers.
—Querida, por favor —refunfuñó su marido—, ¡son tres millones y medio de libras!
—Y tenemos que elegir entre que sean para uno de nosotros beneficiando además a la empresa, o que sean destinadas a la fabricación de armamento —dijo Bowie—. Me pregunto qué otro nombre merecía Donald sino el de Pérfido. A mí tampoco me hace ninguna gracia ir a Mac Laglen Manor en busca de sus ojos, pero… francamente, lo voy a hacer. Quiero que todos lo sepáis. No sólo por ambición personal: pensad en lo que significaría para la TVSE retirar el capital que Donald tenía en acciones, para entregarlo al Estado. ¡Seguramente sería la ruina de la empresa!
—¿Qué me dice usted? —mascullό Max.
—Lo que ha oído, mi joven amigo.
—Vaya… Eso significaría que yo dejaría de percibir mis dividendos anuales que me permiten vivir agradablemente en España… ¿No es así?
—Me temo que así seria, en efecto.
—Nos ha atrapado bien ese miserable —gruñó Stoddard—. ¡No vamos a tener más remedio que ir en busca de sus ojos a su lóbrega mansión!
—Quizá podríamos llegar a un acuerdo con Aldo —deslizó Zucker—. Una cantidad adecuada nos ahorraría a todos muchas molestias y a él le asegurarán un mayor bienestar para el resto de sus días…
—Señor Zucker —dijo Pilkington—, en lo que a mí respecta, todo lo que tengo que hacer es recibir al ganador con los ojos del señor Mac Laglen, esperar a que el señor Morton los identifique, y sancionar el testamento. Por lo demás, preferiría no tener información alguna sobre los procedimientos empleados por ustedes. Espero que me comprendan.
—Desde luego —masculló Zucker.
—En ese caso, sólo resta entregar a cada uno de ustedes una fotocopia del testamento íntegro…, y esperar al ganador dentro de un mes y dos días. Les deseo que todo vaya bien para ustedes.

Capítulo III

—¿Qué te gustaría tomar? —preguntó Janet, señalando el mueble-bar, ubicado en un rincón del saloncito de su apartamento.

—Cualquier cosa.

—Cualquier cosa, no —sonrió ella—. Me has invitado a una cena excelente y divertida, así que tienes derecho a exigir.

—¿Tienes coñac?

—No —rió ella.

—Pues entonces, cualquier cosa —rió también Max.

—*Whisky* sí tengo.

—De acuerdo. Oye, qué sitio tan acogedor y encantador… ¿Vives sola aquí?

—¿Tú qué crees?

—No creo nada. Sólo pregunto, por si va a venir alguien y resulto un estorbo.

—No va a venir nadie —Janet sirvió *whisky* en dos vasos, y se acercó a Max, tendiéndole uno de ellos—. ¿Quieres que vaya a la cocina a por hielo?

—Lo preferiría, si no te molesta.

—Claro que no. Estás en tu casa.

—Ojalá.

—¿Qué quieres decir? —murmuró Janet, mirándole fijamente.

—Pues que ojalá fuese ésta mi casa.

—Tienes un apartamento nada menos que en Queen Street —dijo Janet—. No creo que tenga nada que envidiarle al mío; más bien será al contrario.

—Parece que estás muy bien enterada de mis cosas —la miró amablemente Max—. De todos modos, este apartamento tiene algo que el mío no tiene, después de tanto tiempo cerrado: calor humano. Y además no veo telarañas. El mío debe estar lleno de ellas…, y frío. ¿Qué hotel me recomiendas para pasar estos días en

Edimburgo? ¡Y no me digas que yo conozco la ciudad mejor que tú! Después de dos años pueden haber cambiado algunas cosas.

—No en ese sentido.

—Entonces, ciertamente, sabré elegir hotel. ¿Qué me dices del hielo?

Janet salió del saloncito. Cuando regresó, Max estaba sentado en un sillón, con su vaso de *whisky* en las manos, pensativo. La muchacha le echó dos cubitos de hielo, y fue a sentarse en el sofá, dándole trente.

—¿En qué estás pensando? —se interesó.

—En los pérfidos ojos del muerto —alzó la mirada Max—. Yo tampoco soy ambicioso, pero si pierdo mis rentas mi futuro como historiador se va a ver muy comprometido. Ello me impulsa a participar en esa búsqueda, aunque sólo sea para asegurarme de la supervivencia y buena marcha de la TVSE.

—Es natural —asintió Janet—. Y de todos modos, si encontrases tú los ojos de Mac Laglen supongo que no te desagradaría. Tres millones y medio de libras te proporcionarían unas rentas inagotables.

—Me conformo con lo que tengo hasta ahora. Todo lo que pido es poder estudiar y trabajar con tranquilidad.

—Max, ¿por qué crees tú que el señor Mac Laglen me ha incluido en la lista de posibles nuevos millonarios?

—Supongo que le gustabas mucho —sonrió Max—, a pesar de lo del perro. Bueno, él tendría sus motivos para incluirte, claro.

—¿Crees que lo ha hecho porque finalmente… consiguió que me acostase con él?

—No. Yo tampoco me acosté con él, y me ha incluido.

Janet quedó pasmada, y luego soltó una carcajada.

—¡Qué cosas se te ocurren! —exclamó.

—No sé si habrás observado una cosa en este asunto —dijo con voz apagada Max Novack—, ninguno de los relacionados en la lista teníamos porqué esperar nada de Mac Laglen. Él no debía nada a nadie, a ninguno de nosotros. No tenía por qué buscar un beneficiario entre personas a las que, según me dices, ha estado tratando… pérfidamente. Puestos a ser pérfido, podía haber redactado el testamento de modo que ninguno de nosotros percibiese ni siquiera un penique; incluso podría haber arruinado a

la empresa al donar sus acciones al Gobierno o a cualquier otra institución o persona. En cambio, nos concede una oportunidad. ¿No te sorprende esto?

—No entiendo bien qué quieres decir.

—Bueno… Una de dos: o Mac Laglen era mucho menos pérfido de lo que tengo entendido hasta ahora…, o es mucho más pérfido que todo eso y tramó algo acorde con su perfidia. ¿A qué viene ese juego tonto de buscar unos ojos en una mansión enorme? O lega el dinero a sus socios, o no lo lega. De modo que si ha recurrido al juego de los ojos escondidos… tiene que ser por algo concreto y bien pensado.

—¿Como qué?

—No tengo ni idea, palabra —Max apuró su *whisky* de un trago —. Ni idea. Bien, gracias por el trago. Ya nos veremos pasado mañana para ir a Pettycur todos juntos, como hemos convenido.

—¿Te vas?

—Es un poco tarde, y tengo que buscar un hotel.

—No creo que la habitación de un hotel te resulte mucho más cálida que tu apartamento…, aunque no haya telarañas. ¿No te gustaría quedarte aquí?

Max se quedó mirándola expectante y murmuró:

—Francamente, no me gusta dormir en un sofá.

—No tienes por qué hacerlo.

—¡Ah! ¿Cuántas habitaciones tiene este apartamento?

—Una sola.

—¿Y camas?

—Una sola.

—No quiero parecer tonto ni pasarme de listo, Janet, así que dime: ¿cómo debo interpretar tus palabras?

—Como tú quieras —murmuró ella.

Max Novack se puso en pie, se acercó lentamente a Janet, le quitó de las manos el vaso de *whisky*, y lo dejó en la mesita. Luego, tiró de las manos de la muchacha, poniéndola en pie, y acto seguido la abrazó por la cintura.

—Si hubiera sabido que iba a encontrar un hotel como éste, habría venido con mucha frecuencia a Edimburgo —murmuró.

Janet Trenton no contestó. Se limitó a mirar la boca de Max Novack. Cerró los ojos cuando éste acercó su rostro al de ella, y

entreabrió los labios. Cuando Max la besó, ella se colgó de su cuello, y, aplastando su cuerpo contra el de él, emitió un gemido que quedó ahogado en el apretado beso.

* * *

—Y ahora —sonrió Max—, ¿qué te parece si nos decidimos a dormir un poco?

Ella le miró, sonriente, relucientes los ojos. Su roja cabellera se esparcía completamente suelta sobre la almohada, contrastando con la blancura de su desnudo cuerpo espléndido. Max comprendió que ella no iba a contestar. Alzó las cejas y dijo:

—Te advierto que incluso las reservas petrolíferas del Golfo Pérsico se agotarán algún día.

—¡No se trata de eso! —rió Janet—. Simplemente, soy feliz.

—Yo también —admitió Max.

—Pero yo más.

—Lo comprendo. El hombre tiene unos límites. En cambio, tú te has disparado como…

—¡Max, no es por eso! —Se sonrojó Janet—. ¡Es que lo he estado deseando tanto durante estos dos años!

—¿El qué?

—¡No seas tonto! ¡Me refiero a esto! ¿Por qué crees que sé tantas cosas de ti? Y en cuanto a mi permanencia en la empresa a pesar de todo, se ha debido únicamente a que tenía la esperanza de que volvería a verte. Si me hubiera marchado de la TVSE quizá nunca te habría vuelto a ver… ¡Aunque me parece que finalmente hubiera ido a buscarte a Sevilla!

—¿Todo eso… significa que hace dos años que estás enamorada de mí? —Se pasó Max.

—Sí.

—Maldita sea mi estampa… ¡Y yo persiguiendo moros por España!

—Y sin tan siquiera enviarme una postal —rió Janet.

—Bueno, tengo para ti algo mejor que una postal…

La besó en un pezón, grande, turgente, de la tonalidad luminosa de una guinda. Janet se sofocó de nuevo, ahora de placer. Max le besó el otro pezón. Ella le asió la cabeza con ambas manos, y emitió un gemido. Max notó inmediatamente en sus labios la rápida

predisposición de Janet a continuar la velada, y continuó besándola… Cuando la besó en la boca, los labios de Janet parecieron derretirse dulcemente en los suyos. Cuando, poco después, la penetró una vez más en aquella deliciosa noche, la muchacha movió las caderas como queriendo apoderarse de él íntegramente y suspiró:

—Sí, Max… Amor mío, ésta es… la noche más maravillosa de… de mi vida…

El suspiro se convirtió en un trémolo de placer. Janet se abrazó fuertemente al cuerpo de Max Novack, y cerró los ojos, dejándose llevar hacia aquella rosada región de las delicias. Todo era de color de rosa, luminoso, resplandeciente. Todo. De color de rosa…

* * *

Todo estaba a oscuras.

El intruso fue tanteando hasta encontrar el interruptor de la luz, y lo accionó, pero la luz no se encendió. Todo continuó a oscuras. ¡Qué extraño! Había encontrado la puerta del apartamento sólo ajustada, de modo que supuso que Aldo Morton estaba dentro. Pero no había obtenido respuesta a sus llamadas. Evidentemente, el mayordomo de Donald Mac Laglen no estaba en el apartamento. Entonces, ¿cómo estaba la puerta abierta?

Malcom Bowie insistió en encender la luz, sin conseguirlo. Pensó que quizá Aldo había bajado unos minutos a buscar algo a la calle, aunque era demasiado tarde para andar por ahí… Demasiado tarde para que alguien se fijase en que Aldo Morton tenía una visita. Y eso era lo que le convenía a Bowie: negociar secreta y directamente con Aldo Morton para que éste le indicara dónde estaban los ojos de Mac Laglen, y así, encontrarlos él en la mansión de Pettycur… Tres millones y medio de libras bien valían la pena de rebajarse a aquella clase de negociaciones.

—Aldo… ¡Aldo! —llamó una vez más Malcom Bowie.

Silencio absoluto.

Oscuridad absoluta.

Tropezando, Bowie llegó, por fin, hasta otro interruptor, que accionó, lanzando un suspiro de alivio… Pero la luz no se encendió tampoco ahora. ¿Todos los interruptores estaban estropeados? Esto le pareció improbable a Bowie. Por muy abandonado que la

hermana de Aldo hubiera dejado el apartamento, el buen funcionamiento de la luz era algo que no costaba esfuerzo ni gasto alguno… ¿Se habían fundido los fusibles? Pero ¿dónde estaba el maldito contador?

—¿Aldo? —llamó de nuevo.

Estaba seguro de no haberse equivocado. Aquél era el apartamento. ¿Y si encendía su encendedor? Le serviría al menos para orientarse en busca del contador, y arreglar los fusibles, o cambiarlos…

De alguna parte, le llegó a Malcom Bowie un soplo de aire.

Como si de pronto hubiera sido abierta una ventana.

—¿Aldo?

Bowie continuó adelante, tanteando, pisando cuidadosamente para no darse más golpes en las piernas. El soplo de aire le llegó de nuevo.

Se estremeció. No por el ligero fresco. Simplemente, se estremeció. Se detuvo. Escuchó atentamente, pero nada se oía, persistía aquel profundo silencio. ¿O no? Aguzó el oído. Nada. Silencio total, absoluto.

Un lento escalofrío comenzó a recorrer el cuerpo de Malcom Bowie partiendo de la nuca. Había algo en el ambiente que se lo producía. No era un sonido, ni el viento que llegaba del exterior. Era como un perfume, quizá… O una loción. Una loción de afeitar… Eso era, una loción de afeitar.

Malcom Bowie permanecía inmóvil, como clavados sus pies al suelo. Por una parte, le parecía que su mente se estaba paralizando. Por otra, tenía la lúcida sensación de que estaba funcionando a toda velocidad. Estaba recordando aquellas sensaciones, recordando aquel olor de la loción de afeitar.

La loción que siempre había usado Donald Mac Laglen.

El fallecido, incinerado, Donald Mac Laglen.

Su loción. Olerla era como saber que Mac Laglen iba a aparecer de un momento a otro. ¡Qué tontería! Seguramente, Aldo se había apropiado de la loción de su patrón, así de simple, y la estaba utilizando… Sí, eso debía ser.

En alguna parte hubo un leve chirrido. Una nueva corriente de aire le llevó a Bowie de nuevo el olor de la loción para después del afeitado.

Frente a Bowie, de pronto, aparecieron los ojos.

Los dos ojos.

Fue como si de pronto, se hubieran encendido. O abierto. Sí, quizá habían estado cerrados, y ahora se habían abierto ante Malcom Bowie. Este quiso decir algo, pero de su garganta brotó apenas un ronco gemido. Frente a él, apenas a dos metros, flotaban los pérfidos ojos del muerto.

Flotaban.

Flotaban.

Flotaban.

Todo estaba a oscuras, pero los abiertos ojos parecían llenos de pérfida luz. Flotaban, y se adelantaban hacia él. La loción de afeitar llegó añora al olfato de Malcom Bowie con una intensidad casi mareante. Quiso retroceder un paso, pero no pudo moverse. De nuevo quiso decir algo, y sólo emitió algo parecido a un ahogado maullido. El rostro de Bowie estaba iluminado por aquel perverso resplandor de los ojos de Donald Mac Laglen, que se acercaron un poco más, siempre flotando suavemente.

De pronto, se movieron como en un gesto brusco.

Bowie hubiera podido reaccionar entonces, pero ya no tuvo tiempo.

Durante una fracción de segundo tuvo noción, consciencia del golpe en lo alto de su cabeza.

Y eso fue todo.

El cráneo de Malcom Bowie crujió, se hundió, la cabeza se deformó horriblemente bajo el tremendo impacto llegado de arriba, y de los oídos brotó impetuosa la sangre al mismo tiempo que por la boca y la nariz, y los ojos casi saltaron de las órbitas, como empujados por una explosión producida dentro de la cabeza que acabó por reventar uno de ellos, que quedó como una uva machacada. La sangre y la masa encefálica aparecieron por las grietas del machacado cráneo, la sangre brotó torrencialmente por todos los orificios.

Muerto fulminantemente, con la cabeza reventada, Malcom Bowie se desplomó, pareció más bien ser aplastado contra el suelo por el espantoso impacto.

Los pérfidos ojos del muerto desaparecieron.

El silencio volvió.

Por una abierta ventana cuya sucia cortina se movía a impulsos de la fresca brisa nocturna, el olor de la loción para después del afeitado comenzó a desvanecerse.

La oscuridad era de nuevo total. Y el silencio.

* * *

—¡Qué hermoso día!

Max Novack abrió un ojo, vio la imagen de Janet a incierta distancia, y frunció el ceño. Abrió el otro ojo, y la imagen quedó a distancia concreta. Esto es, muy cerca de él, inclinada, mirándole sonriente.

—¿Hace un hermoso día? —masculló.

—¡Ya lo creo!

—¿Y eso justifica que te hayas levantado ya?

—¿Cómo sabes que me he levantado?

—Porque estás de pie.

Janet se echó a reír.

—He estado preparando el desayuno… ¿No tienes apetito?

—Déjame pensarlo unos segundos. Todavía estoy dormido. ¡Debe ser muy temprano!

—Son las nueve y pico. Ya tendría que estar en el despacho.

Max despertó del todo.

—¿En el despacho? ¿Para qué? Ya no tienes nada que hacer allí, al menos de momento, puesto que falta Mac Laglen.

—Bueno, pero tengo un empleo en la empresa, y sea como secretaria del señor Mac Laglen o en otro puesto, debo ir a trabajar, ¿no te parece?

—No, no me parece —gruñó Max.

—¿No? Pues ya me dirás qué tengo que hacer.

—¿Antes o después de desayunar? —Sonrió él, tendiendo los brazos hacia Janet.

Media hora más tarde, los dos entraban en la pequeña cocina. El café ya estaba frío, y al comentario de Janet al respecto, Max replicó, guiñando un ojo:

—Pero ha valido la pena, ¿no? Dime una cosa: ¿sabes escribir a máquina?

—¡Qué pregunta! —protestó ella—. ¡Claro que sé! ¿Conoces alguna secretaria que no sepa?

—No tengo relación con secretarias. Y eso es un inconveniente para mí. Resulta que me paso la mayor parte del tiempo tomando notas a mano, tanto en los lugares que visito como en las bibliotecas. Luego, tengo que pasarlo todo a máquina, y eso me crispa los nervios. Se me ha ocurrido que si tuviera una secretaria dispondría de más tiempo para estudiar, no para repetir mecánicamente lo que ya he escrito y ya sé. No sé si me explico.

—Parece como si me estuvieras ofreciendo un empleo —murmuró Janet.

—He pensado que quizá te gustaría trabajar en España.

—¿Contigo? ¿A tu lado? ¿Ayudándote a escribir tus libros de Historia?

—Es sólo una idea —la miró expectante Max.

Janet Trenton se colgó del cuello de Max Novack.

—Es la mejor idea que he oído en toda mi vida —susurró, dulcemente—. ¿Cuándo nos vamos?

—Cuando hayamos encontrado los pérfidos ojos del muerto. A partir de ese momento tendremos que esperar un mes para presentárselos al señor Pilkington, y no veo por qué debemos permanecer aquí ese mes.

—La búsqueda no comienza hasta mañana por la tarde, y puede durar varios días. Incluso es posible que no consigamos encontrarlos.

—Alguien los encontrará —aseguró Max.

CAPÍTULO IV

Ernest Carruthers detuvo el coche en las afueras de Pettycur poco después del anochecer. Durante un par de minutos, escondido entre los árboles, estuvo mirando Mac Laglen Manor, la casa de Donald Mac Laglen, como una masa oscura en la distancia. Tendría que llegar allí a pie, pues no quería que nadie pudiera ver su coche y comentarlo en otro momento. Hay que tener mucho cuidado cuando se juega sucio.

Juego sucio. Muy bien, no le importaba. Ernest Carruthers quería encontrar él los ojos del muerto. Quería el dinero, y todo el poder que significaría dentro de la TVSE convertirse en el heredero de Donald Mac Laglen. ¿Juego sucio? ¡Pues juego sucio! Durante aquel día había estado llamando por teléfono al apartamento de la hermana de Aldo Morton, pero no había conseguido comunicar con éste. Quizá, tal como había sugerido, hubiese hecho un corto viaje. A lo mejor, estaba en el sur de Francia, precisamente con su hermana. A fin de cuentas, la puerta de Mac Laglen Manor estaba abierta, y, por lo demás, nadie necesitaba para nada a Aldo Morton. Es decir, él había llamado para intentar llegar a un acuerdo con Morton, pero puesto que éste se había marchado…

—Ernest —tembló la voz de su esposa, sentada junto a él—, no vayamos ahí. ¡Tengo un miedo espantoso!

Carruthers aspiró hondo.

—No seas infantil —masculló—. Sólo se trata de una casa. Y espero que no me digas ahora que puede haber fantasmas ahí dentro, querida.

—Ya sé que no, pero tengo miedo… ¡Volvámonos a casa, por favor! Mañana por la tarde vendremos todos juntos, será diferente…

—No voy a esperar a eso. Tengo la seguridad de que cada uno de nosotros está haciendo su propia jugada. ¿Qué me dices de Malcom? En todo el día no se ha presentado en la empresa, nadie

sabe dónde está. ¿Y sabes por qué? Pues porque seguramente está detrás de Aldo Morton, para que éste acepte un buen soborno y le diga dónde están exactamente los ojos de Donald dentro de la casa. ¡Yo no voy a dejar que me pisen el terreno jugando sucio!

—Todo esto es horrible.

—Mira, si quieres quedarte en el coche esperándome…

—¡No! —Respingo Cynthia—. ¡No!

—Pues entonces, tal como hemos acordado, ven conmigo para ayudarme en esa búsqueda. Vamos, Cynthia, sé razonable.

—¡Pero es una casa enorme! ¿Cómo vamos a encontrar los… los ojos de él, nosotros solos, sin encender ninguna luz, disponiendo sólo de una pocas horas…?

—Tenemos linternas, y disponemos de toda la noche —casi se irritó Carruthers—. De modo que decídete: ¿vienes o no vienes?

Cogió el portafolios en el que llevaba las linternas, y se quedó mirando a su esposa. Ésta asintió, y salió del coche. Carruthers lo cerró, y se dirigieron hacia Mac Laglen Manor. Al fondo se recortaba la forma de la casa. A la izquierda y un poco atrás estaban las luces de la pequeña localidad de Pettycur. A la derecha se veían relucir las aguas de la bahía, de Firth of Forth, y al otro lado de ésta, Edimburgo resplandecía en la noche apenas brumosa.

Llegaron a la casa sin novedad, y, en efecto, encontraron la puerta ajustada solamente. Otra genialidad de Donald Mac Laglen. ¿Por qué demonios no les había dejado una llave, simplemente? De este modo, todos habrían tenido que ir al mismo tiempo, y Carruthers se habría ahorrado aquella tentación, aquel juego sucio que estaba realizando.

Entraron en la casa, y Carruthers ajustó de nuevo la sólida puerta de madera reforzada con adornos de hierro forjado. Cynthia se agarró nerviosamente a su brazo. Ante ellos sólo había oscuridad.

—Iremos primero al despacho —susurró Ernest Carruthers—. Lo más probable es que Aldo haya escondido los ojos allí… Aunque no sé, me parece demasiado fácil.

Esperó en vano una respuesta por parte de su esposa, una sugerencia, un comentario. La presencia de ella se definía por la presión de sus manos en el brazo izquierdo, y por su agitada respiración junto a él.

Carruthers sacó las linternas del portafolios, entregó una a su

esposa, y se quedó la otra, que encendió enseguida. Cynthia respingó.

—¿Quieres hacer el favor de tranquilizarte? —Masculló Ernest —. No pasa nada, es una casa corriente.

—No…, no es una casa… corriente, no.

—Es muy grande, y se nota que la mayor parte del tiempo está desocupada, pero eso es todo. Huele a frío, a cerrado, como olería cualquier otra casa en las mismas…

Carruthers calló de pronto, al darse cuenta de que, desde el fondo del amplio vestíbulo parecía llegarle de rebote su propia voz, como ablandada, humedecida. De pronto, tuvo la impresión de que aquellas paredes eran de goma mojada, y que todo rebotaba en ellas, incluso sus alientos. Pero no, no eran de goma. Eran de piedra. Recorrió el vestíbulo con el haz de luz en busca de algo anormal. Conocía bien Mac Laglen Manor, pues había estado allí muchas veces, invitado por el ya extinto propietario. Como los demás. Todos habían estado no pocas veces en Mac Laglen Manor. Todos tendrían la misma oportunidad de buscar bien, de llegar hasta los mismos rincones…

¡La bodega!

¡Claro, la bodega! Esconder los ojos de Mac Laglen en el despacho era demasiado vulgar, demasiado fácil. Seguramente, Aldo los había escondido en la bodega. Desde luego, lo seguro era que no estaban en la caja fuerte, porque eso no entraba en el juego. Tenían que estar al alcance de la mano y de los ojos. Todo lo escondidos que quisiera Aldo Morton, pero al alcance de los buscadores. Detrás de algunos libros, dentro de un cajón, tras las hileras de botellas en la bodega… Donde hubiera querido Aldo, pero al alcance de todos. O cuando menos, de quien tuviese la suficiente imaginación para buscarlos.

Bueno, quizá la bodega también era demasiado vulgar. Pero si se lo tomaba así, cualquier sitio podía ser vulgar, todas las dependencias formaban parte de la casa. Y todos los muebles, y lámparas, y aparatos y utensilios de cocina… Todo. De pronto, a Ernest se le antojó que aquélla era una empresa que requería muchos más efectivos de búsqueda que los que significaban él y Cynthia, y por unos segundos titubeó. Pero no. Ya que estaban allí, lo intentarían.

Y lo harían en primer lugar por el despacho, siguiendo su idea inicial.

Con la luz recorrió de nuevo el vestíbulo, iluminando la gran araña que pendía del techo, en el centro, y la escalinata que ascendía hacia el primer piso. Por un lado de ésta estaba el amplio pasillo que conducía a la zona de servicios. A la izquierda, la doble puerta del salón. A la derecha, la del despacho, anexo a la biblioteca, comunicadas ambas piezas por una puerta interior.

Cuando inició el primer paso, Carruthers tuvo la sensación de que su pie había quedado pegado al suelo por algo viscoso, y dirigió rápidamente la luz hacía allí. No había nada. Todo normal. Vio los pies de Cynthia, y los suyos, y el suelo, de grandes mosaicos. ¡Qué sensación tan horripilante había tenido!

—Vamos al despacho —susurró.

De nuevo le pareció que las palabras volvían hacia él, como mojadas y blandas desde el fondo del vestíbulo. Cynthia tenía razón, aquella casa no era corriente. Desde luego, si él lo heredaba todo lo primero que haría sería venderla. ¡Al demonio con Mac Laglen Manor!

Deslizó la luz por el piso, hasta llegar a la puerta del despacho; el haz de luz esparcía una luminosidad tenue por todo el vestíbulo. Llegaron ante la puerta como envueltos en las resonancias de sus propios pasos.

—¿Quieres soltarme el brazo, por favor?

Favor-vor-or-or-orrr…, llegó la resonancia. Cynthia retiró las manos lentamente. Carruthers empujó la puerta, que cedió en silencio, bien engrasada.

—Tú busca en la mesa —dijo Ernest—. Yo buscaré por debajo de los muebles, y detrás de los libros. Procura dejar las cosas como las encuentres.

Entres-tres-es-essss…

Entraron en el despacho, y Ernest cerró la puerta.

—Enciende tu linterna —dijo, ahora sin resonancias—. Las ventanas están cerradas, así que nadie podría ver luz desde fuera. Vamos, Cynthia, por favor. Y si ves los ojos, no los toques: sólo se trata de saber dónde están, para encontrarlos mañana antes que los demás.

Cynthia encendió su linterna, movió el haz de luz, y localizó la

mesa del despacho. Ernest movía su linterna en todas direcciones: cuadros, lámparas, cortinas, alfombras, libros… Cynthia caminaba hacia la mesa, iluminándola de lleno. De pronto, se detuvo, en seco.

—Ernest…

—¿Qué?

—¿A qué huele?

—¿A qué huele? ¿De qué estás hablando?

—Huele a algo… Es un olor que conozco, pero que no recuerdo…

—Busca en la mesa.

—¿Tú no hueles nada?

—Sí —tuvo que admitir Ernest—, pero no importa. Vamos, ve a sentarte en la mesa y empieza a mirar en los cajones, debajo de carpetas, papeles, de todo.

Cynthia se dirigió hacia la mesa, ocupó el sillón giratorio, y suspiró temblorosamente, con gran tensión en el cuello. Su marido permanecía todavía en el centro del despacho, detrás de un sillón orientado hacia la librería, de costado. Es decir, que estaba de medio lado con respecto a la posición que ocupaba en aquel momento Cynthia Carruthers. Ésta había depositado la linterna sobre la mesa, y el haz de luz fue a dar de lleno en el sillón tras el cual estaba Ernest.

Cynthia palideció horrorosamente.

Su rostro se desencajó en una mueca de horror brutal, le pareció que su estómago explotaba, que se producía en su cabeza como un estallido. Sus ojos casi saltaron de las órbitas. Fue toda una revulsión en el rostro, el cuerpo y, sobre todo, en la mente de Cynthia Carruthers, pero ésta no se movió, no podía hacerlo. El espanto ora ahora como un líquido congelante que se hubiese introducido en su cuerpo.

—Me pregunto —susurró Carruthers— qué clase de mentalidad tiene Aldo. Si le hubiéramos tratado más ahora podríamos tener una idea de su personalidad y…

Mientras hablaba. Carruthers se había desplazado, siempre enviando el haz de luz hacia las paredes. Pero de pronto quedó a un lado del sillón en el que daba de lleno la luz de la linterna de Cynthia.

Y Ernest Carruthers respingó y dio tal brinco que la linterna

escapó de su mano al verlo sentado allí. Un ¡Dios mío!, quedó como atravesado en su garganta.

En aquel momento, Cynthia comenzó a gritar, con una nota aguda, alta, de intensísima vibración. Fue un alarido que tenía fuerza para perforar los tímpanos de Ernest, pero éste tenía todos sus sentidos bloqueados en aquel momento. En él sólo quedaba capacidad para una reacción, una emoción: el horror. El más espantoso y profundo horror que había experimentado en toda su vida.

De momento, no lo reconoció, porque tenía la cara llena de delgados surcos de sangre que brotaban de sus ojos reventados; ojos que eran ahora dos sanguinolentas simas en las que se hundían dos bolígrafos. La cabeza estaba un poco ladeada, forzando al cuello a una postura poco natural, como si estuviera roto. Los hilos de sangre se habían secado, y relucían siniestramente sobre el rostro, el cuello, las ropas.

Pero lo más horrendo de todo eran los dos ojos que relucían sobre la cabeza de Jess Merrill. Estaban introducidos entre el cabello, pero hacia la frente, de modo que se veían perfectamente, iluminados por la luz de la linterna de Cynthia.

Dos ojos en la cabeza, uno junto a otro, en posición un tanto estrábica. Dos ojos que parecían contemplar pérfidamente a Ernest Carruthers. Vagamente, aterradamente, Ernest Carruthers estaba comprendiendo que a Jess Merrill le habían reventado los ojos con dos bolígrafos, y que luego le habían colocado otros ojos entre los cabellos sobre la frente.

Los pérfidos ojos del muerto.

Allá estaban.

El silencio hizo reaccionar a Carruthers, El súbito y sobrecogedor silencio. Haciendo un esfuerzo, se volvió hacia la mesa, y lanzó una exclamación al no ver en ella a su esposa. Corrió hacia allí, y la encontró tendida en el suelo, desmayada. Un sudor frío comenzó a brotar del cuerpo de Ernest Carruthers. Sus deseos eran escapar de allí inmediatamente y a toda prisa, pero se sobrepuso. Sintiéndose como mareado, se puso en pie, recogió la linterna de Cynthia, y la apagó. La guardó en el portafolios, pasó el asa de ésta por su muñeca izquierda, y sosteniendo su linterna con esta mano se inclinó de nuevo sobre su esposa.

Con un esfuerzo la alzó del suelo, y sosteniéndola en sus brazos se dirigió hacia la puerta del despacho, iluminando ésta directamente, esforzándose en no mirar hacia donde yacía sentado Jess Merrill.

Consiguió salir del despacho cargado con Cynthia, y segundos después salía de la casa. El aire fresco de la bahía le reanimó un poco. Caminaba como un autómata, soportando el peso de su mujer, que parecía un cuerpo de blanda goma. Tuvo que detenerse, y la depositó en el suelo. Se quedó mirándola, jadeando. Le parecía que dentro de su cuerpo había un gigantesco tambor funcionando.

De pronto, se volvió hacia un lado, y comenzó a vomitar, no pudo evitarlo.

* * *

Casi dos horas más tarde, Ernest Carruthers detenía el coche en el garaje de su casa en Morningside Road, cerca del cruce con Church Hill. La puerta se cerró a sus espaldas. Ernest apagó el motor, y miró a Cynthia, que parecía alucinada. No se había recobrado de su palidez, pese al tiempo transcurrido.

—Recuerda —susurró Ernest—, no tenemos que decir nada de esto. No hemos estado allí, no sabemos nada de nada. ¡Cynthia, tienes que escucharme!

Ella le miró, parpadeó, y asintió con la cabeza.

—Sí —murmuró—. Sí, sí.

—No creo que pensaran que nosotros habíamos hecho una cosa tan horrorosa, pero no quiero que sepan que hemos estado allí, y que sabemos que Jess está muerto, y que los ojos de… ¡Los ojos! ¡Debimos retirarlos de su cabeza, esconderlos para encontrarlos mañana, cuando vayamos con los demás!

—¡No! —Gritó Cynthia—. ¡No iré! ¡No iré mañana allí, no lo haré, no pienso volver…!

—Tienes que hacerlo. Iremos todos, y tú vendrás. Mañana te sentirás mejor, podrás disimular. Tendremos que comportarnos con la máxima naturalidad posible. Cuando encuentren a Jess comprenderán que él quiso jugar sucio, y que Aldo lo mato.

—¿Qué… que…?

—¿Es que no lo comprendes? Por eso no estaba Aldo en su apartamento: está por allí, vigilando que nadie se pase de listo,

como hizo Jess. Debe estar loco…

Carruthers dejó de hablar. ¿Aldo? ¿Había sido Aldo? Entonces, ¿por qué había dejado los ojos de Mac Laglen sobre la cabeza de Jess Merrill, al alcance de cualquiera que, como éste, también fuese aquella noche a Mac Laglen Manor, o cuando menos bien a la vista para cuando fuesen todos al día siguiente a la casa? ¿Aldo Morton había hecho aquello? ¿Aldo Morton había clavado dos bolígrafos en los ojos de Jess Merrill?

Cynthia estaba hablando. Centró su atención en ella.

—¿Qué? —murmuró.

—Por favor, ¡no me obligues a ir! ¡Por favor!

Carruthers tragó saliva. Comprendía a su esposa. Pero no podían hacer otra cosa.

—Tenemos que ir, eso es todo. Aunque quizá las cosas no se desarrollen como estaba previsto. Grace debe saber que su marido ha ido esta noche a Mac Laglen Manor, y cuando se vaya haciendo tarde y no regrese, se impacientará, se preocupará… Algo tendrá que hacer. Y nosotros, simplemente, vamos a comportarnos como si no supiésemos nada de nada. Dejemos que sea el comportamiento de Grace lo que decida qué haremos…

—Dios, pobre Grace. Debe estar esperando a Jess…

* * *

—¿Eres tú, Jess? —preguntó Grace Merrill, desde la cama.

Había oído la puerta de la casa al cerrarse. O quizá se lo había parecido. Estaba tan nerviosa que ni siquiera conseguía concentrarse en la lectura del libro que tenía en las manos. Aguzó el oído. Ahora no oía nada.

—¿Jess? ¿Has vuelto?

Desde abajo le llegó el sonido de la puerta del despacho al cerrarse. Conocía perfectamente cada ruido de su casa, y supo ahora que no se había equivocado. Jess había regresado, había oído antes la puerta de la casa. Pero, en lugar de subir al dormitorio, Jess había entrado enseguida en su despacho.

Grace saltó de la cama, se puso las zapatillas, y, en pijama, salió del dormitorio. Abajo no había ninguna luz encendida. Grace encendió la del pasillo del primer piso, y bajó al vestíbulo. Se fue directa al despacho, asió el pomo de la puerta y entró…

Se detuvo en seco, sorprendida.

La luz del despacho no estaba encendida.

—Pero, Jess, ¿qué es lo que…? —empezó a preguntar, llevando la mano al interruptor y accionándolo.

Se calló, sorprendida por el hecho de que no se encendiese la luz. Insistió dos o tres veces, pero el resultado fue el mismo.

—Vaya, una avería… Jess, te estaba esper…

De nuevo enmudeció.

Sintió cómo se le ponían de punta los cabellos al ver los ojos frente a ella. Los ojos luminosos que la miraban. Los ojos que flotaban frente a ella. Percibió el olor a masaje facial. Pero no era el de su marido. Ni tampoco aquellos ojos luminosos eran los de Jess. Agarrotada por la impresión, Grace Merrill ni siquiera respiraba. Pero delante de ella sí se oía una respiración. Fuerte, lenta, poderosa… Era una respiración… caliente. Caliente.

El terror empujó de pronto un grito desde el estómago a la garganta de Grace Merrill. Un grito que no llegó a su boca, porque algo apretó su garganta, con una fuerza espantosa. Crispada por el terror y el dolor, Grace vio aquellos ojos frente a ella. Aquellos ojos rebosantes de perfidia, que ahora estaban muy cerca. La respiración poderosa pareció golpear su rostro. Grace tenía la sensación de que su cabeza se estaba hinchando. No podía respirar, sentía en las sienes unos lentos y fuertes latidos, muy espaciados.

De pronto, los ojos se apagaron.

Una pavorosa sensación de muerte se apoderó de Grace Merrill en aquella oscuridad horrible. Supo que su camisón acababa de ser arrancado violentamente de su cuerpo, y acto seguido sintió en su espalda la dura presión del suelo. Notó la violencia en los muslos al ser separados brutalmente. Cuando sintió la penetración todavía pudo razonar que estaba siendo violada. El dolor fue espantoso. Como si su cuerpo ya no fuera suyo, experimentó, empero, las sensaciones de la violación, del atroz dolor, de la angustia, del espanto. Todavía alcanzó a oír sobre ella el furioso jadeo.

Y de pronto ya no sintió nada.

Absolutamente nada.

CAPÍTULO V

—Vamos a esperar unos minutos más —propuso Max Novack.

—Está bien —aceptó Denis Zucker—, pero que conste que estamos haciendo el tonto. Ni Malcom ni Jess han venido en todo el día por aquí. Y ninguno de ellos ha contestado a nuestras llamadas telefónicas… ¡Seguro que se nos han adelantado, y están ya en Mac Laglen Manor buscando esos malditos ojos! Así que seguir esperándolos es perder el tiempo y hacer el tonto.

Nadie contestó. Eran ya las cinco y veinte minutos, y la hora de salida de la comitiva hacia Mac Laglen Manor habla sido fijada a las cinco. La no comparecencia de Malcom Bowie y de los Merrill parecía tener un claro significado, y ni siquiera el amable Max Novack se atrevió a contradecir a Zucker.

—Bueno —masculló de pronto Stoddard—, si han hecho eso nosotros no vamos a aguantarnos, ¿verdad? Las condiciones estaban bien claras: debíamos partir todos de aquí, de la empresa, a las cinco de la tarde. Si ellos han faltado a las condiciones, quedarán desclasificados, aunque hayan encontrado los ojos. Sería lo justo, ¿no?

—Desde luego, no aceptaremos ninguna jugada sucia —gruñó Zucker—. ¿Qué dices tú, Ernest?

Ernest Carruthers encogió los hombros.

—No sé. Tengo la esperanza de que tanto Malcom como Jess podrán darnos una explicación.

—Pues me gustará mucho oírla. ¿Te encuentras bien, Cynthia?

—Sí… Sí, sí.

—Te veo muy pálida…

—Ha pasado mala noche —dijo Ernest—. Todo este asunto la tiene bastante descentrada.

—No es la única —dijo Norah Stoddard—. Tampoco yo puedo dejar de pensar en ese… invento de Mac Laglen. Y cuanto más

pienso en ello menos me gusta. Deberíamos haber convencido, fuese como fuese, a Aldo para que nos dijera dónde están los ojos y ya está.

—No hay modo de localizarlo —farfulló Zucker; sonrió de pronto, como disculpándose—. Bueno, supongo que todos habéis intentado hacerlo, ¿no?

Max Novack alzó una mano.

—Yo no —dijo.

—Ni yo —aseguró Janet.

—Hemos estado muy ocupados en otras cosas —sonrió Max—. Por ejemplo, paseando por la ciudad, y por el castillo. Cada vez que vengo a Edimburgo subo al castillo. Una manía.

—¿Es cierto que deja usted la empresa, Janet? —preguntó Stoddard.

—Así es, señor Stoddard. He decidido aceptar otro empleo.

—¿Mejor que el de ahora?

—¡Muchísimo mejor! —rió la muchacha.

—Me alegro por usted. Aunque en la TVSE y aunque ya no tengamos entre nosotros a Mac Laglen…

—Bueno, ya está bien —gruñó Zucker—. Vosotros podéis hacer lo que queráis, pero yo me voy ahora mismo a Mac Laglen Manor. ¡Y no quiero hablar más del asunto!

* * *

Los cuatro coches se detuvieron delante de la casa. Janet, que había conducido el suyo, quedó de espaldas al cercano mar, observando cómo los demás salían de sus respectivos coches: Denis Zucker del suyo, los Stoddard y los Carruthers del suyo respectivo… No había más coches frente a la casa.

Cuando miró a Max comprendió que éste estaba pensando lo mismo que ella.

—Es extraño, ¿verdad? —murmuró—. No creo que hayan venido a pie.

—Quizá no hayan venido —dijo Max.

—O quizá han venido, pero han dejado los coches lejos de la casa para no ser vistos.

—Podría ser. De todos modos, si están dentro de la casa todavía, sus precauciones ya no van a servir de nada. ¿Vamos allá?

Se apearon, y se reunieron con los demás, frente a la puerta. Zucker la empujó. Estaba abierta.

—Está bien claro —dijo Stoddard— que ni Malcom ni los Merrill se nos han adelantado. Sea lo que sea lo que esté ocurriendo propongo que los esperemos antes de entrar, o nos exponemos a que sean ellos quienes nos acusen a nosotros de juego sucio.

—Escucha. Hillary —refunfuñó Zucker—, hemos salido de la empresa a las cinco y media, ¿no es cierto? Y la hora convenida eran las cinco. Así que por mi parte no pienso esperar más…

—¿Puedo hacer una sugerencia? —preguntó Max.

—¿Cuál sugerencia?

—Pongámonos de acuerdo. Sea quien sea el que encuentre los ojos de Mac Laglen, lo repartiremos todo a partes iguales, salvo…

—No diga tonterías —cortó Carruthers.

—Iba a decir salvo las trescientas mil libras en metálico, que podría quedarse quien encontrara los ojos. Si repartimos las acciones y demás bienes de Mac Laglen la empresa gozará de una mayor armonía en…

—No pienso aceptar nada de eso —dijo Zucker—. Mac Laglen ha inventado un juego, ¿no? Pues nosotros vamos a seguirlo, y allá cada cual con su suerte.

—Como quieran. Mi intención era buena.

—Claro que sí —dijo Janet.

—Usted, Janet, ni siquiera debería estar aquí —dijo Ernest Carruthers—. Y francamente, me pregunto por qué Mac Laglen la incluyó en esto.

—Si usted quiere, puedo decírselo, señor Carruthers.

—¿Sí? Vaya, me gustaría saberlo, desde luego.

—Pues, el señor Mac Laglen me incluyó en esto porque me odiaba tanto como a ustedes.

Quedaron todos silenciosos unos segundos. Por fin, Zucker masculló:

—Tonterías. Si Mac Laglen nos hubiera odiado realmente no tenía más que habernos privado de toda posibilidad de conseguir su fortuna. Si la pone a nuestro alcance es porque, evidentemente, estábamos equivocados con él.

—Yo no lo creo así —murmuró Janet—. Creo que he llegado a conocerle mejor que todos ustedes, y les aseguro que no había en su

mente ni un solo pensamiento de afecto hacia ninguno de nosotros. En definitiva, les diré que yo no espero nada bueno de todo esto.

—Pues renuncie a su participación —sonrió secamente Denis Zucker—. Todos estamos dispuestos a aceptar su renuncia. ¿No es cierto, señoras y señores? Bueno, dejémonos ya de tonterías y entremos. No quisiera tener que pasar la noche aquí.

—Pues hágase a la idea —dijo Max—, porque dudo mucho que encontrar los ojos del muerto sea cosa fácil en una casa como ésta.

—Entremos ya —dijo Zucker, que era el más impaciente.

Entraron todos. Afuera todavía lucía el sol vespertino, pero dentro la oscuridad era tan densa que Zucker buscó enseguida el interruptor, y lo accionó.

La luz se encendió.

Ernest Carruthers y su esposa cambiaron una rápida mirada incontenible. ¿Cómo era posible?, la noche anterior no había habido luz en Mac Laglen Manor, y ahora funcionaba normalmente. ¿Alguien había estado allí y había reparado la avería?

—Bueno —dijo Stoddard—, ¡empieza el juego! Cada cual que busque por donde quiera. Yo, desde luego, voy a empezar por el despacho… Vamos, Norah.

—Yo voy a la bodega —dijo Zucker.

Se dirigió hacia el fondo del vestíbulo, recorriendo el amplio pasillo que conducía a la zona de servicios, donde estaba la cocina, desde la cual se descendía a la bodega. Los Stoddard se dirigieron hacia el despacho, y los Carruthers los siguieron con la mirada. Bueno, era lógico que alguien hubiera tenido la misma idea que ellos. Lo que significaba que muy pronto se iba a organizar allí un desbarajuste tremendo, en cuanto los Stoddard encontrasen a Jess Merrill con un bolígrafo en cada ojo…

—¿Qué escogen ustedes? —preguntó Max.

—¿Qué? —Lo miró aturdido Ernest.

—No tenemos Janet y yo la menor intención de crear obstáculos ni rivalidades directas —sonrió Max—. De modo que buscaremos donde no busque ninguno de ustedes. A fin de cuentas, los ojos pueden estar en cualquier sitio.

—Sí… Claro.

—¿Les parece bien que Janet y yo busquemos en la biblioteca?

—Sí, sí.

—Pues hasta luego.

Los dos jóvenes se encaminaron hacia la puerta de la biblioteca, junto a la del despacho. Los Carruthers cambiaron una mirada.

—Debimos volver a por los ojos —susurró Ernest—. Ahora ya sabemos que los encontrarán los Stoddard.

—No me importa —se crispó la voz de Cynthia—. ¡No me importa! Además, si querías volver, podías haberlo hecho tú solo.

Ernest se pasó la lengua por los labios. Miró hacia la puerta del despacho. Bueno, ¿por qué no se oían ya los gritos de Hillary y Norah? Habían encendido la luz, y era inevitable que hubieran visto ya a Jess Merrill. Ernest y Cynthia cambiaron una mirada de desconcierto. De pronto, él tomó de un brazo a su mujer, y caminaron rápidamente hacia el despacho.

Cuando se asomaron al interior vieron a los Stoddard buscando, cada uno por su lado. Norah se había sentado ante la mesa, y estaba abriendo cajones. Hillary estaba retirando libros de los estantes. A través de la puerta de comunicación directa entre el despacho y la biblioteca se oían las voces de Max y de Janet.

—¿También queréis buscar aquí? —Se volvió a mirarlos Hillary Stoddard.

Las miradas de los Carruthers se desviaron del sillón donde la noche anterior había estado Jess Merrill. Ya no estaba. Al otro lado de la puerta de comunicación con la biblioteca, como algo insólito, se oyó la risa de Janet Trenton.

—¿Qué os pasa? —Los miraba desconcertado Stoddard.

—Nada —susurró Ernest—. Nada. Bien pensado, buscaremos por otro sitio.

—Como queráis.

Salieron del despacho y se quedaron mirándose. Había una expresión de espanto en los ojos de Cynthia Carruthers cuando dijo, con voz aguda:

—Ernest, quiero marcharme de aquí… ¡Quiero marcharme ahora mismo!

Carruthers se pasó una mano por la frente. La lógica y la razón le impulsaban a comprender a su esposa. Ella tenía razón. Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo, no podía ser nada bueno. Ellos sabían que Jess Merrill estaba muerto, pero ahora su cadáver había desaparecido. ¿Se lo había llevado Grace? ¿Quizá Grace había

estado esperando a Jess cerca de allí, y en vista de que tardaba tanto había ido a la casa…, y se lo había llevado? Pero entonces, Grace tenía que haberlos visto a ellos. Y… ¿dónde estaba Grace ahora? ¿Y dónde estaba Malcom Bowie? ¿Tenía alguna relación la ausencia de Malcom y de Grace… y la desaparición del cadáver de Jess? Grace era muy bonita, todavía joven. Estaba en una edad que convierte a la mujer en una hermosa fruta sazonada en su punto… ¿Tenían algo que ver Malcom y Grace, y quizá entre los dos habían matado a Jess?

Pero entonces, ¿qué significaba que los ojos de Mac Laglen hubieran estado en la cabeza de Jess, y los dos bolígrafos…? ¿Cómo se le había de ocurrir a Bowie dejar los ojos de Mac Laglen sobre la cabeza de Jess, cuando valían, significaban, una fortuna? No, esto no era cosa de Malcom Bowie. Si lo pensaba detenidamente, tenía que comprender que la presencia y condiciones en que hablan encontrado a Jess Merrill era todo como una… representación, como un espectáculo que alguien había preparado para él y Cynthia. Sólo para ellos dos. Porque si hubiera querido que a Merrill lo viera alguien más lo habría dejado en el sillón del despacho. Nada más fácil.

O sea, que querían asustarlos. Querían asustarlos para que se fuesen de la casa, eso era. Habían matado a Merrill por haberlo hecho, y luego habían querido asustarlos a ellos para que cada vez fuese menor el número de buscadores en Mac Laglen Manor.

Ernest frunció el ceño.

—No —dijo secamente—, no vamos a marcharnos, Cynthia.

—Pero…

—¡He dicho que no! Eso es lo que quiere quien está realizando esta jugada. ¡Y no es Aldo! ¡Es uno de nosotros! El mismo que mató a Jess, y que posiblemente haya matado también a Grace y a Malcom… Por eso no han aparecido.

—Por el amor de Dios, Ernest, ¡no digas esas cosas, no es posible!

—¿No? Muy bien, vamos a bajar a la bodega en busca de Denis. ¿Por qué ha querido alejarse tanto de los demás? Todos estamos aquí arriba, pero él ha querido ir enseguida a la bodega… ¡Vamos a buscar con él abajo!

—No… ¡No!

—Tienes que estar a mi lado —la miró fijamente su marido—. ¿No comprendes que es como estarás más segura? Eso es lo que tenemos que hacer: no separarnos en ningún momento. ¡Vamos con Denis a la bodega!

Tiró de la mano de su esposa hacia el pasillo. Llegaron a la cocina, y vieron abierta la gran puerta de madera que comunicaba con la bodega. También aquella parte de la casa la conocían, pues Donald Mac Laglen se la había mostrado hacía tiempo. La luz de la bodega estaba encendida, y abajo se oía entrechocar de botellas. Los Carruthers pasaron al descansillo desde el que arrancaba al ancho tramo de peldaños descendentes.

—¡Denis! —Llamó Ernest—. ¡Venimos a buscar también aquí!

Dejaron de oír en el acto ruido de botellas, pero Denis Zucker no contestó. Ernest Carruthers sonrió hoscamente, y tiró de la mano de su esposa hacia abajo. Sí, podía ser Zucker, desde luego. Era un hombre alto, fuerte, de recio carácter. Era el vicepresidente de la TVSE, pero para nadie era un secreto que su máxima ambición de siempre había sido ocupar la presidencia…

—¡Denis! —llamó de nuevo Ernest, al llegar abajo.

Se oyó el ruido de algunas botellas al romperse, y una imprecación ahogada, pero ninguna respuesta de Denis Zucker. Carruthers había localizado el lugar donde se habían roto las botellas, girando a la derecha. La bodega era muy grande, y formaba una T cuya base era precisamente el final del tramo de peldaños. Los Carruthers, tomados de la mano, siguieron por la línea base de la T, llegaron al cruce, y giraron a la derecha…

Justo entonces, en alguna parte se produjo un chispazo eléctrico, y la luz de la bodega se apagó. Desde la cocina llegó el matizado resplandor de la luz de ésta.

Y a esa luz, los Carruthers vieron algo brillante ante ellos. Ernest fue el primero en comprender de qué se trataba: era una botella rota, cuyas agudas aristas de la base estaban orientadas hacia ellos. Incluso pudo ver la forma de aquella mano grande, velluda, palpitante de músculos y nervios que empuñaba la mitad de la botella rota.

Luego, vio el destello, y sintió aquel frío espantoso en la garganta, aquella sensación lacerante, aquel dolor súbito y leve, como punzante quizá. Y supo que su garganta acababa de ser

perforada, destrozada por la media botella… Para entonces, ya ni siquiera pudo gritar, porque el enorme chorro de sangre brotó del tremendo boquete hacia delante, manchando la mano grande y nervuda, en el momento en que se retiraba tras el golpe.

Cynthia Carruthers tuvo tiempo de gritar. Es decir, de empezar a gritar, nada más, porque la botella fue desplazada rápida y ferozmente, y el golpe se repitió, terrible, preciso, fortísimo, implacable, cortando el grito con la misma efectividad con que se apaga un aparato de radio simplemente moviendo un botón. Ernest había caído hacia delante, lanzando el chorro de sangre contra el suelo. Cynthia cayó hacia atrás, con los ojos desorbitados, el rostro blanco como leche, y despidiendo hacia el techo, como a presión, la sangre de su destrozada garganta…

* * *

—Habría que destrozarlo todo para asegurarnos de que los ojos de Mac Laglen no están aquí —dijo Max Novack—. Incluso puede que Aldo los haya escondido en el tapizado de un sillón, o dentro de un libro… Me aburre esto.

—Francamente, a mí también —admitió Janet.

—Aunque debería interesarnos. No por la cuantía del premio a conseguir, sino porque parece que estemos dedicados a la búsqueda de un tesoro. ¿Nunca jugaste a la búsqueda del tesoro?

—No —rió Janet.

—Yo sí. Y era más divertido que esto. O quizá sea que los años van diluyendo las ilusiones por los juegos.

—¡Qué cosas se te ocurren! —Volvió a reír la muchacha—. No eres tan viejo, mi amor.

—De acuerdo —asintió Max, acercándose y abrazándola por la cintura—, pero ya no me interesan los juegos de buscar tesoros. A lo mejor es porque ya he encontrado uno.

—¿Sí? ¿Cuál?

Max besó en la boca a Janet, que ya la ofrecía. Los dos perdieron la noción del tiempo y del lugar. Desde luego, aquello era mucho más agradable que estar buscando los pérfidos ojos de un muerto. Claro que por un beso nadie pagaba tres millones y medio de libras esterlinas…

Se oyó el poderoso rugir de un motor, en la distancia,

amortiguado.

Max se irguió vivamente.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó.

Janet permaneció con los ojos cerrados, la hermosa boca todavía entreabierta, como si estuviera recibiendo y devolviendo el beso.

—¿El qué? —susurró.

—Ese coche.

Ella abrió los ojos.

—Deben haber llegado los demás…

—No. No ha sido un sonido de llegada, sino de arrancada… Como si uno de los coches arrancase y se alejase… ¡Ya no se oye! ¡Se ha marchado alguien, Janet!

La tomó de una mano, y corrieron hacia la puerta. Los Stoddard estaban ya ante la puerta del despacho, desconcertados. Hillary miró a Max.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Uno de los coches. Alguien del grupo se ha marchado… ¿Y los Carruthers?

—No sé. Denis está en la bodega, pero no sé dónde están los Carruthers.

—¡Voy a ver qué coche falta! —exclamó Max, corriendo hacia la puerta.

Janet le siguió, y, tras breve titubeo, le siguieron también los Stoddard. Apenas salir, vieron los coches, Frente a la casa, y los cuatro supieron en el acto qué coche faltaba.

—Falta el coche de Denis —dijo Stoddard, desconcertado.

—Ha arrancado como en una competición automovilística —dijo Max—, por eso he oído el motor.

—¡Qué extraño, marcharse sin decir nada…!

—Quizá ha encontrado los ojos —sugirió Janet—, y ha preferido marcharse con ellos en lugar de decírnoslo.

—¿Y eso por qué?

—Ha podido pensar que querríamos quitárselos —sonrió como divertido Max Novack—. Bueno, de acuerdo, si él ha encontrado los ojos que le aproveche el premio. Vamos a llamar a los Carruthers, y nos iremos de este lugar.

—¿Y si Denis no los ha encontrado? —Se resistió Stoddard.

—¿Por qué otro motivo se habría marchado de ese modo? ¿Le

parece que se habría marchado, dejando toda la casa para nosotros, si no tuviese ya los ojos de Mac Laglen?

Stoddard refunfuñó algo, admitiendo de mala gana la explicación de Max Novack.

—Está bien, marchémonos nosotros también. ¡Pero eso que ha hecho Denis es una estupidez, y se lo diré en cuanto lo vea!

—De acuerdo. Llamemos a los Carruthers. Al parecer no han oído nada.

Tardaron casi media hora en encontrar a los Carruthers, y ello fue cuando, tras buscarlos y llamarlos por toda la casa, decidieron finalmente bajar a la bodega, único sitio en el que no habían mirado, al comprobar que la luz de allá abajo no funcionaba. Pero, puesto que sí funcionaba en el resto de la casa, y en parte alguna de ésta aparecían los Carruthers, finalmente bajaron a la bodega, Max y Hillary por delante, sosteniendo éste la linterna que había ido a buscar a su coche.

Antes de ver los cuerpos tendidos en el suelo, los pies de Max y Hillary chapotearon en el oscuro líquido ya denso, pegajoso, que se deslizaba como un diminuto riachuelo. Un segundo más tarde, la luz iluminó ambos cuerpos, y enseguida, de modo especial, hizo destacar el desencajado y ahora casi azulado rostro de Cynthia Carruthers. Hillary Stoddard emitió un ronco gemido, y la linterna casi saltó de su mano. Max se la arrebató rápidamente, y desvió la luz hacia otro sitio.

—¿Qué pasa? —preguntó Janet, un poco por detrás de Max.

—Volvamos arriba —jadeó Max.

—Pero ¿qué pasa?

—Dios mío —tartamudeaba Stoddard, con entrechocar de dientes—. ¡Dios mío, Dios mío…!

CAPÍTULO VI

A las once de la noche, Mac Laglen Manor se había convertido en el máximo centro de atención de la policía de los contornos, y, sobre todo, del grupo que llegó de Edimburgo, al mando del inspector Mac Intosh, un hombre de unos cincuenta años, de rostro sanguíneo, gran bigote entrecano, y unos ojos pequeños y vivos que parecían capaces de verlo todo…, aunque lo que vio en aquella ocasión no le gustó nada.

Llegó el equipo técnico, una ambulancia, coches policiales… El movimiento fue tal que desde la cercana Pettycur, pese a lo tardío de la hora, se desplazaron también algunos vecinos, en sus automóviles, desde dentro de los cuales contemplaban el movimiento de la policía, que prohibió el acercamiento a la casa.

Ya eran casi las doce de la noche cuando el inspector Mac Intosh, que había escuchado las explicaciones de Max Novack, convertido en portavoz del pequeño grupo que quedaba, resumió el asunto de esta manera:

—O sea, que faltan también los señores Merrill, el señor Malcom Bowie, y el señor Denis Zucker, quien, evidentemente, se marchó en su coche: tras lo cual fue cuando ustedes decidieron marcharse también, buscaron a los señores Carruthers…, y los encontraron.

—Sí —murmuró Max.

—Según las apariencias, se diría que lo que les ha ocurrido a los señores Carruthers es obra del señor Zucker, ¿no es eso?

—Según las apariencias, sí. Pero haría falta estar loco para hacer una cosa así, inspector.

—Sin la menor duda, joven.

—Son tres millones y medio de libras —dijo Stoddard.

Mac Intosh lo miró reflexivamente.

—Señor Stoddard, nadie puede disfrutar de ninguna cantidad en la cárcel. Y aceptando que el señor Zucker se haya vuelto loco, lo

menos que le ocurriría sería que se le sometería a una… reclusión adecuada para intentar su recuperación. Recuperación que me permitiría dudar, pues quien ha hecho esto… Bueno, francamente, una persona capaz de hacer esto no tiene curación posible, me parece a mí. O eso, o si está «cuerdo» es un asesino nato. En cuyo caso, tampoco se le permitiría disfrutar de nada.

—Denis tiene que haberse vuelto loco —apoyó Stoddard la sugerencia de Max.

—Por sus palabras, deduzco que usted no admitiría nunca que el señor Zucker tuviera instintos asesinos.

—¡Cielos, claro que no! Mire, todos tenemos nuestras ambiciones, y a veces somos duros e implacables en los negocios, en la competición para escalar puestos, conseguir dinero y poder…, pero de eso a imaginar a Denis haciendo eso… ¡Tiene que haberse vuelto loco!

—Loco o no, lo buscaremos. Y buscaremos también a los señores Merrill y al señor Bowie. ¿Saben ustedes dónde viven unos y otro?

—Naturalmente —asintió Stoddard.

—Bien. Si es usted tan amable, debería apuntarme esas direcciones. Las de todos ustedes, por favor. Usted debe estar en un hotel, supongo, señor Novack.

—No… No. Tengo un apartamento en Edimburgo…, pero será mejor que anote como domicilio mío el de la señorita Trenton, señor Stoddard.

—Ah —Stoddard los miró—. Ah, sí, muy bien.

Mac Intosh miró a uno y otro joven con su viva mirada casi ratonil, en la que hubo un destello como de sonrisa. Luego, se alejó, para conversar con sus hombres. Se reunió de nuevo con el grupo veinte minutos después, tomó la hoja con las direcciones escritas que le tendió Stoddard, y tras agradecer a éste su colaboración, dijo:

—La luz de la bodega fue apagada por medio de un cortocircuito provocado. Y puesto que el resto de la casa no quedó a oscuras, está claro que el circuito de la bodega tiene una línea independiente. Bastante nueva. Mis hombres la han localizado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Janet.

—No sé. Parece todo… como elaborado. Proseguiremos un poco la conversación sobre este asunto, si no les importa. Según yo entiendo, las personas relacionadas con esto son todas… normales.

Es decir, personas que nunca han tenido problemas legales, y mucho menos problemas de índole… violenta, por decirlo así.

—Así es —asintió Stoddard.

—Bien. Además del grupo de posibles herederos, están al corriente de este asunto otras dos personas, a saber, el notario señor Pilkington y el mayordomo del señor Mac Laglen, el tal Aldo Morton. ¿Alguien más?

—Que nosotros sepamos, no.

—¿No lo han comentado con nadie?

—Claro que no —refunfuñó Stoddard—, una cosa así no es para ir comentándola por ahí, inspector.

—Desde luego, es un asunto… de lo más inquietante. Y al parecer, debemos pensar que los ojos del muerto han sido finalmente hallados. Por el señor Denis Zucker, que se ha marchado con ellos… después de matar a los señores Carruthers. Digo todo esto porque me gustaría saber si lo he entendido todo bien, si ustedes consideran que estoy trabajando dentro de una mínima lógica.

—A mí no se me ocurre otra cosa —musitó Stoddard.

Los demás mostraron su acuerdo con él por el simple procedimiento de permanecer callados. Mac Intosh sacó una vieja pipa, y la incrustó entre sus grandes dientes un poco amarillentos.

—El procedimiento a seguir ahora es también lógico —dijo como hablando consigo mismo—. Los cadáveres serán llevados al depósito de Edimburgo, naturalmente. Y desde este mismo momento, vamos a emprender la búsqueda de los señores Merrill, el señor Bowie, y, claro está, la del señor Zucker. Además, a primera hora de la mañana yo personalmente iré a conversar con el notario señor Pilkington. Y claro está que buscaremos también al señor Aldo Morton…

—Seguramente, está en el Sur de Francia, con su hermana —dijo Stoddard—. Ésta tiene un apartamento en Edimburgo, que al parecer dejó a disposición de Aldo. Le he anotado también la dirección de ese apartamento.

—Espléndido. ¿Desean que les acompañemos a Edimburgo, o están dispuestos a hacerlo solos?

—¿Podemos marcharnos? —Casi gimió Norah Stoddard.

—Naturalmente, señora. Ahora bien, durante la noche vamos a

redactar un informe completo sobre este asunto, basado en las declaraciones de ustedes cuatro, así que deberían ustedes firmarlo… Si les parece bien, les llamaremos cuando esté listo.

—¿No deberíamos ir con ustedes y estar presentes y colaborando con algunas aclaraciones durante la redacción de ese informe, inspector? —preguntó Max.

Mac Intosh lo miró como sorprendido.

—Por mí, encantado, señor Novack. Mi memoria es excelente, y puedo pasar sin ustedes, pero siempre es mejor esa colaboración directa. Sólo trataba de molestarles lo menos posible.

—Yo prefiero ir con usted —dijo Max.

—Si tú vas, yo también —dijo en el acto Janet.

Mac Intosh miró interrogante a los Stoddard, que cambiaron una mirada entre sí, y parecieron entenderse.

—Nosotros preferimos esperar en casa su llamada, inspector —dijo Hillary.

—A su gusto. Bien, todo está dicho, por ahora. Pueden ustedes marcharse cuando gusten. Señor Novack, señorita Trenton, ustedes deberán esperarnos todavía un buen rato aquí, si les parece bien.

—No se preocupe —murmuró Max.

Los Stoddard se despidieron, y se encaminaron hacia su coche. Cuando éste hubo partido, Mac Intosh miró inexpresivamente a uno de sus hombres, que asintió con un simple parpadeo, tocó en un brazo a otro, y ambos se dirigieron, como quien no quiere la cosa, hacia uno de los coches policiales…, en el cual partieron en pos de los Stoddard segundos más tarde.

Mac Intosh se dio cuenta de la socarrona mirada que le dirigía Max y sonrió.

—Simple precaución —dijo—. Usted comprende, señor Novack.

—Sí, comprendo. Y en lo que a mí se refiere no me molestaría en absoluto saber que la policía me estaba protegiendo.

—Ésa es la idea —asintió Mac Intosh.

Janet comprendió por fin la conversación.

—¿Crees que a los Stoddard puede ocurrirles algo, Max?

—Ahora ya no —sonrió Max Novack.

* * *

Los Stoddard tenían un magnifico apartamento en un lujoso

edificio en Lothian Road, prácticamente al pie del castillo, cuya iluminación se veía desde toda la ciudad. Había estacionamiento subterráneo en el edificio, y los Stoddard disponían de dos plazas, pues cada uno de ellos tenía coche propio.

Hillary Stoddard estacionó su coche junto al de su esposa, apagó las luces y el motor, y se apeó. Norah lo hizo por su lado, y se reunió con su marido cuando éste hubo cerrado el coche. En silencio, se dirigieron hacia el acceso al ascensor, que tomaron segundos más tarde. Medio minuto después, entraban en su apartamento. Hillary Stoddard encendió la luz, esperó a que su esposa entrara, y cerró la puerta con la cerradura normal y con la de seguridad, asegurándose de que sobre todo esta última funcionaba perfectamente.

—Voy a tomar un trago —murmuró Hillary—. Lo necesito… ¿Quieres tú también?

—Sí. Yo también lo necesito. ¡No puedo dejar de pensar en Denis, y en lo que ha hecho!

—Tiene que haberse vuelto loco —gruñó Hillary—. Loco de remate.

—¿Crees que encontró los ojos de Mac Laglen?

—Eso es indudable.

—Pero ¿por qué matar a Cynthia y a Ernest? Si ya tenía los ojos, todo era para él. ¿Cómo se le pudo ocurrir que querríamos quitárselos? Además, con haberlos guardado sin decir que los había encontrado, asunto resuelto, ¿no te parece?

Habían entrado ya en el salón. Hillary fue hacia el bar, y sirvió dos tragos, en silencio. Se acercó a su esposa, que se había sentado en el sofá, y se sentó a su lado, tendiéndole un vaso.

—Yo también le estoy dando vueltas a eso —dijo por fin Hillary, tras un corto trago—, y no acabo de entenderlo bien. Denis es muy ambicioso, pero muy inteligente. De no ser así, no habría ocupado la vicepresidencia, sólo por debajo de Mac Laglen Y me pregunto sin cesar cómo un hombre inteligente ha podido hacer una cosa tan… brutal y absurda. En cuanto se presente con los ojos de Mac Laglen será detenido, y él tiene que saberlo, así que estoy pensando… ¿y si no hubiera sido él?

—¿Qué? —Se sorprendió Norah.

—Pudo haber sido otra persona.

—Vamos, querido… Los demás estábamos juntos arriba, nosotros en el despacho, y oíamos perfectamente a Janet y a ese simpático muchacho conversando y bromeando en la biblioteca. Cuando salimos, el coche de Denis ya no estaba…, y Janet y su amigo sí estaban allí. ¡Estuvieron todo el tiempo! Si crees que ellos…

—No estoy pensando en ellos —gruñó Stoddard—. Pero podía haber alguien más en la casa, que mató a Ernest y Cynthia… y luego escapó con el coche de Denis.

—Pero ¿y el coche de Denis? Oh, ya no sé ni lo que digo. Quiero decir: ¿y Denis? Él estaba en la bodega, y luego no lo encontramos ni allí ni en toda la casa. ¡Se fue, eso es todo!

—Querida, son muchos los años que llevo trabajando con Denis, nos conocemos bien, le conozco muy bien. Y si hay algo que no puedo imaginar de él es que sea capaz de degollar a dos personas amigas suyas…, o aunque hubieran sido dos desconocidos, utilizando una botella rota. ¿Viste la botella rota? Allá estaba, manchada de sangre. No. ¡Maldita sea, eso no pudo hacerlo Denis Zucker!

—Cálmate. Y dime: ¿quién, si no?

—Podía haber alguien más en la casa. Alguien que después de matar a los Carruthers, escapó con el coche de Denis.

—¿Por qué haría eso? Si había alguien más, debía haber llegado con su propio coche, ¿no? E insisto: si no fue Denis, ¿dónde está Denis?

—Quizá este donde podrían estar ahora Malcom y los Merrill.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te parece normal que ni Malcom Bowie ni los Merrill hayan hecho acto de presencia en Mac Laglen Manor?

—No… Claro que no.

—Pues ahí tienes. Quizá estén muertos…; como el propio Denis. Si había alguien más en la casa, pudo matar a Denis, esconder su cadáver, matar luego a los Carruthers, y escapar con el coche de Denis para que todos creyésemos que él era el asesino de los Carruthers…, y de los demás, cuando los encontremos.

—¡Hillary, todo eso son suposiciones tuyas! ¡Y me estás poniendo muy nerviosa!

—Voy a llamar a Malcom y a los Merrill. Ya verás como nadie

responde en sus domicilios.

—¡Oh, por favor, no!

—Tengo que llamar. Y si están… Bueno, si están debemos advertirles de lo que sucede, ¿no te parece?

Hillary Stoddard se acercó al teléfono, descolgó el auricular, y efectuó la primera llamada al apartamento de Malcom Bowie. El teléfono estuvo sonando durante dos minutos. Stoddard miró significativamente a su esposa, que, en el silencio del salón, había estado oyendo tan claramente como él los timbrazos de llamada. Hillary pulsó la horquilla, y llamó a la casa de los Merrill, en Morningside Road.

Lo mismo, naturalmente. Ninguna respuesta.

Colgó lentamente, y se pasó la lengua por los labios. Se terminó el *whisky* y murmuró:

—Vámonos a dormir.

—No podré pegar un ojo.

—Lo supongo, pero tenemos que intentarlo. Mañana nos espera un día muy duro.

Norah bebió todavía otro sorbo de *whisky*, dejó el vaso, y se puso en pie. Salieron del salón, camino del dormitorio grande. Hillary encendió la luz.

—¿Te importa que sea el primero en utilizar el baño?

—Claro que no.

Hillary se dirigió hacia la puerta del cuarto de baño, anexo al amplio y lujoso dormitorio. Norah fue hacia el armario, lo abrió, y procedió a desnudarse. Se sentía muy cansada, y sobre todo, crispada. No, no le sería fácil conciliar el sueño aquella noche. Se puso el camisón. Le ajustaba aquel camisón. Lo había comprado en Londres nada apenas un mes, en Carnaby Street. Era un poco… extraño y descarado, pero le gustaba. Quizá por eso, porque era descarado.

—¿Te falta mucho, querido? —preguntó, volviéndose hacia el cuarto de baño.

Oyó el leve zumbido de la cisterna del inodoro al ser vaciada. Ah, Hillary ya estaba terminando.

Se acercó a la cama, asió el borde de la ropa, y la tiró hacia abajo. El lecho matrimonial quedó abierto, mostrando la sábana base.

Durante un segundo, Norah Stoddard no comprendió, no asimiló lo que estaban viendo sus ojos. Era como si su cerebro rechazase aquel mensaje, como si no admitiera la información de que los ojos de Norah Stoddard estaban viendo otros ojos, dos ojos sueltos, allá, sobre la impoluta sábana. Dos ojos que parecían dos pelotas de *ping-pong*, relucientes, y cuyas pupilas parecían mirarla a ella. Dos pérfidos ojos que reflejaron la luz de la hermosa lámpara que colgaba en el centro del lecho del dormitorio.

Transcurrido el segundo, la información tuvo que ser aceptada por el cerebro de Norah Stoddard.

Allá estaban.

Los pérfidos ojos del muerto.

Los de Norah se desorbitaron, al tiempo que su rostro palidecía intensamente. Su boca se abrió, pero de ella brotó apenas un gañido, un gemido ronco y quebrado. De pronto, dio la vuelta, y corrió hacia el cuarto de baño, tropezando y gimiendo, articulando sonidos ininteligibles.

Entró en el cuarto de baño, descompuesta, aterrorizada.

—¡Millar…!

La voz se ahogó de nuevo en su garganta, al ver a Hillary tendido en el suelo boca abajo, inmóvil. Ahora el grito estuvo a punto de brotar de la boca de Norah, pero la mano enorme, poderosa, velluda, nervuda, apareció por detrás, y rodeó su garganta con toda facilidad, con una potencia escalofriante. Fue como si hubiera sido cerrada una bolsa llena de aire. Norah sintió el aire como hinchando su cabeza. El terror era insoportable, alucinante, parecía que toda ella fuese a reventar de terror…

Entonces, se desmayó, un instante después de percibir aquel olor a masaje facial…

* * *

—Vaya nochecita nos espera —masculló Sean.

—Prefiero esto a seguir en aquella mansión —replicó en el acto Douglas—. ¡Es escalofriante!

—Nunca había intervenido en un caso así… ¿Y tú?

—Tampoco…, afortunadamente. Pero ya verás: Mac Intosh lo pondrá todo en claro.

—Parece fácil.

—Aunque fuese difícil. Tú no lo conoces bien, porque has sido incorporado hace poco al grupo, pero yo llevo con ese viejo sabueso más de cuatro años. Cuando lanza una dentellada ya no afloja hasta que arranca el pedazo.

—Un tipo listo, ¿eh?

—De esos de película, te lo aseguro. Es capaz de analizar hasta un bostezo.

—¡Hombre…! —rió Sean—. ¡Ya será menos!

—No. Una vez…

Oyeron el estallido, como algo lejano e inidentificable. Los dos salieron del coche rápidamente, y miraron hacia el edificio que habían estado vigilando, donde tenían su apartamento los Stoddard. Todavía pudieron ver cómo algunos cristales de una ventana caían hacia la calle, reluciendo… De la ventana reventada comenzó a salir inmediatamente una densa humareda negra, que apenas permitía ver el resplandor de las llamas dentro del edificio.

—Pero ¿qué demonios…? —jadeó Sean.

—¡Corre! ¡Tenemos que entrar ahí sea como sea!

CAPÍTULO VII

El inspector Mac Intosh estaba sombrío, contemplando los dos cadáveres calcinados en el no menos calcinado lecho. Parecía una siniestra cuna de negras cenizas que acogiera dos extrañas criaturas negras, retorcidas, crispadas, encogidas por el fuego. Los bomberos se habían marchado hacía rato… En el ambiente había todavía un nauseabundo olor a gasolina y a carne quemada.

Mac Intosh desvió la mirada, por fin, y examinó la habitación, igualmente ennegrecida por el humo, destrozada por el fuego; era una siniestra ruina de lo que había sido un lujoso dormitorio. Igual que los cuerpos de Hillary y Norah Stoddard: siniestras ruinas de lo que alguna vez fueron seres humanos.

—Douglas.

—Diga, inspector —se le acercó Douglas, que todavía estaba pálido.

—Quedamos en que no vieron entrar a nadie después de los Stoddard, ni por el vestíbulo ni por el estacionamiento.

—No… No señor, nadie más entró. Era tan tarde ya… Los demás vecinos ya debían estar en sus apartamentos.

—Sí. Los demás vecinos… y alguien más, que esperaba en este apartamento. ¿Vieron salir a alguien?

—Pu-pues no…, no señor… Bueno, cuando el fuego comenzó a extenderse se armó un gran alboroto en todo el edificio, comenzó a salir gente de todos los apartamentos. Todo el mundo gritaba, vinieron los bomberos… Mucha gente abandonó el edificio, de cualquier manera, asustados… Lo que quiero decir…

—Lo que quiere decir es que cualquiera que hubiera estado en este apartamento pudo salir a la calle con los vecinos, incluso en pijama para no desentonar. ¿No es eso?

—Sí… Sí señor, eso quería decir. Lo siento, inspector.

Mac Intosh movió la cabeza, aceptando la más que admisible

disculpa.

—Por supuesto que no ha sido un accidente. Lo demuestra el uso de gasolina. Está claro que alguien empapó la cama de gasolina, y le prendió fuego. Y los Stoddard no se movieron de la cama porque no podían hacerlo. Quizá estaban ya muertos, quizá sin sentido… Bien, la autopsia nos lo dirá, espero.

—Esto es cosa de locos —murmuró Douglas.

Mac Intosh lo miró con curiosidad.

—¿De locos?

—Bueno, señor, todo esto… Lo de la casa de Pettycur, lo de aquí… ¡Esto no lo hace una persona normal! El tal Denis Zucker debe haberse vuelto loco, ciertamente.

—Esto no lo ha hecho Denis Zucker.

—¿No?

—No.

—Pero, inspector, según las…

—Encontramos a Denis Zucker poco después de marcharse ustedes en pos de los Stoddard. Alguien tuvo la buena idea de sugerir que fuesen examinados los grandes toneles de vino que hay en la bodega de Mac Laglen Manor. Puesto que dentro de ellos cabían varios hombres, no dejaba de ser una posibilidad.

—¿Quiere decir… que Denis Zucker estaba… dentro de un tonel de vino? —jadeó el joven policía.

—Con el cuello roto. Y no estaba solo. Dentro del mismo tonel había otro hombre, que fue identificado por el señor Novack y la señorita Trenton: Jess Merrill, uno de los ausentes. Éste también tenía el cuello roto…, y un bolígrafo hundido en cada ojo. De modo que sólo nos falta encontrar a Malcom Bowie y a la señora Merrill. Ya los están buscando, en principio en sus propios domicilios… ¿Se encuentra usted mal?

—A… a decir verdad, un… un poco, señor…

—Lo comprendo. Será mejor que usted y Sean se retiren del caso, por ahora. Serénense, y procuren descansar. Mañana por la mañana hablaremos. Es decir —Mac Intosh miró la hora en su reloj—, esta mañana, pues ya son las tres y cinco…

—Ni a Sean ni a mí nos importa seguir, señor.

—Lo sé. Pero prefiero trabajar con gente que no esté tan afectada. Los espero a las nueve en mi despacho. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. Gracias…

Douglas y Sean se retiraron, entre renuentes y aliviados. Cerca de las cuatro de la madrugada, Mac Intosh bajó a la calle, y se metió en su coche, dentro del cual le estaban esperando Max y Janet, que le miraron expectantes, tensos.

—Horrible —dijo Mac Intosh—. Es mejor que no hayan subido. ¿Les digo lo que estoy pensando?

—Desde luego —murmuró Max.

—Tengo el presentimiento de que sólo quedan vivos ustedes, de todo el grupo. Y ello, posiblemente, porque no se han alejado de nosotros. En las actuales circunstancias, regresar al apartamento de la señorita Trenton sería una locura.

—O sea, que usted cree que también querrán matamos a nosotros.

—Por supuesto…, si todo tiene un mínimo de lógica. Y ha de tenerla, sin la menor duda.

—Faltan Malcom Bowie y Grace Merrill.

—Los encontraremos. Me temo que los vamos a encontrar muy pronto, señor Novack. En cuanto a ustedes, créanme: acepten la hospitalidad de la policía —sonrió—. No es un buen hotel, pero podemos habilitarles un buen alojamiento allí, hasta que esto se aclare.

—Ignoraba que tuvieran ustedes dormitorios en…

—Me estoy refiriendo a una desnuda, fría, desagradable…, pero segurísima celda, señor Novack —sonrió Mac Intosh.

* * *

A las nueve y pocos minutos de la mañana, Max y Janet salieron de la celda donde habían maldormido unas pocas horas. Mac Intosh los recibió en su despacho, y, tras indicarles que se sentaran, mostró unas páginas mecanografiadas.

—El informe hasta donde ustedes intervinieron. Si lo firman, constará como anexo en el definitivo, que tendremos que redactar un poco más adelante.

Max y Janet firmaron el informe. Mac Intosh lo guardó cuidadosamente dentro de una carpeta. No había dormido en toda la noche, pero estaba despejado, lleno de energía, recién afeitado.

—Tengo noticias nuevas para ustedes: la señora Merrill y el

señor Bowie han sido hallados, por fin.

—¿Dónde, cómo…? —Saltó Max.

—La señora Merrill estaba en el despacho de su casa, desnuda, violada y estrangulada. El señor Bowie estaba debajo de la cama de un dormitorio del apartamento de la hermana de Aldo Morton. Tenía la cabeza reventada de un mazazo… Una maza enorme, que hemos encontrado junto al cadáver. Le golpearon en lo alto de la cabeza, con una fuerza… Bueno, es mejor no entrar en detalles.

Max y Janet miraban a Mac Intosh con expresión aterrada, sobre todo Janet, que había palidecido. Ninguno de los dos acertó a pronunciar una palabra.

—¿Café? —ofreció Mac Intosh.

Los dos negaron. El inspector se sirvió para sí, y acto seguido se colocó la pipa entre los dientes.

—Hemos localizado al señor Morton —dijo tranquilamente.

—¿A Aldo? —Exclamó Max—. ¿Dónde estaba?

—En el sur de Francia, con su hermana. Concretamente, en la pequeña localidad de Sainte Maxime-sur-Mer, donde la hermana del señor Morton está viviendo con su hijo mayor. El señor Morton se fue allá en cuanto terminó su cometido aquí, es decir, tras la visita al notario señor Pilkington. Y allá ha permanecido todo el tiempo.

—Bueno, eso habría que…

—Ha sido ya comprobado. He estado personalmente al habla con el comisario Matisse, de Carmes, a quien molesté esta madrugada. Ha sido tan amable de interesarse personalmente por el asunto, dirigiendo unas rápidas pero eficaces pesquisas. Hace unos minutos me ha llamado, y me ha asegurado que Aldo Morton no se ha movido de Sainte Maxime-sur-Mer desde que llegó. Hay cientos de testigos. Miles de testigos, pues el señor Morton ha estado hablando con mucha gente. Parece ser que su hermana se encuentra muy a gusto en Sainte Maxime-sur-Mer, y el señor Morton ha decidido aprovechar las cien mil libras que le legó Donald Mac Laglen para establecerse allí con su hermana, de modo que ésta no tenga que depender del hijo. Salvo que cambie de idea, el señor Morton piensa montar una pequeña *boutique*, que llevarán entre él y su hermana, más que nada por tener algo en qué ocuparse. Así están las cosas.

—De modo que Aldo no ha sido quien…

—No. Imposible.

—Bueno, quizá la policía francesa…

—Señor Novack, la policía francesa está entre las mejores del mundo. Y si hay algo que los franceses tengan en altísima estima es su prestigio, de modo que si el comisario Matisse dice que Aldo Morton no se ha movido de Sainte Maxime-sur-Mer desde que llegó, usted puede jugarse la vida a que es así. Conozco a los franceses.

—Bien… ¡Pues no entiendo nada!

—Quizá lo entendamos esta tarde. Los buenos oficios de intermediario del comisario Matisse conseguirán, sin duda, que el señor Morton acepte venir a Edimburgo en avión… con los gastos pagados. Eso le encanta a un escocés —sonrió Mac Intosh—, que otro pague los gastos. Con un poco de suerte, tendremos en Edimburgo al señor Morton esta misma tarde.

—Pero si Aldo no ha hecho nada… ¿quién lo ha hecho? —Simio Janet.

—Si contemplamos las sucesivas muertes por un riguroso orden cronológico, podríamos pensar que unos se han estado matando a otros. Pero entonces tenemos que preguntarnos: ¿quién ha matado a los últimos? Porque, señorita Trenton, las dos únicas personas que quedan vivas y que en su caso podrían beneficiarse de las muertes de las demás, son usted y el señor Novack. Y ustedes no mataron a los últimos, a los Stoddard, porque estaban conmigo.

—¿Pero pudimos matar a los otros? —Frunció el ceño Max.

—Como poder, pudieron —sonrió Mac Intosh—. Pero no lo hicieron… ¿verdad?

—¿Qué cree usted?

Mac Intosh fue mirando de los ojos de Max a los de Janet y viceversa, moviendo rápidamente sus vivos ojos inquisitivos. Por fin, sonrió, y movió la cabeza.

—Personalmente me inclino a creer que no lo hicieron. De todos modos, los acontecimientos han sido tantos y tan seguidos que, la verdad, aún estoy hecho un lío. Necesitaré unas horas para tomar algunas notas, reflexionar, ordenar las ideas… Espero estar preparado para recibir adecuadamente al señor Morton.

—¿Qué hacemos nosotros mientras tanto? —preguntó Max.

—Si quieren un buen consejo, lo mejor es que no se muevan de aquí.

* * *

Aldo Morton llegó a Edimburgo hacia las cinco de la tarde, y fue recibido inmediatamente por el inspector Mac Intosh, que hizo acudir también a su despacho a Max y a Janet. Tras los saludos y breves cortesías, el inspector Mac Intosh explicó a Morton lo sucedido, sin recrearse ni mucho menos en los detalles, pero si todo muy claramente. Aldo Morton era duro y frio, hostil, pero todos se dieron cuenta de que, a su pesar, estaba o parecía impresionado.

—… Así que, señor Morton —terminó Mac Intosh—, nosotros contamos con su colaboración para esclarecer el caso.

—¿Mi colaboración? No comprendo… ¿En qué puedo colaborar?

—Me inclino a pensar que es usted la persona que mejor conocía al señor Mac Laglen… ¿Cierto?

—Supongo que sí. Llevaba mucho tiempo con él… Seguramente era la persona con la que más hablaba. Quiero decir que no tenía… amigos.

—Pero sí socios. El señor Mac Laglen se pasaba el día en las oficinas de la TVSE, así que podía charlar con quien quisiera, de negocios, de cualquier cosa…

—Le odiaban —musitó Morton.

—¿Le odiaban? ¿Quiénes?

—Todos. Todos los que hay en la TVSE lo odiaban…

—¡Eso no es cierto! —Saltó Janet—. ¡Y aunque lo fuese, sería un odio merecido, pues era un… un miserable, un pérfido! Sólo pensaba en cómo perjudicar, molestar, herir o humillar a quienes le rodeaban. ¡Sólo pensaba en eso, y lo sé muy bien!

—Eran ustedes quienes le odiaban a él —replicó ásperamente Aldo Morton—. ¡Todos ustedes le odiaban, ninguno quería ser su amigo, le insultaban a sus espaldas, lo rechazaban, lo despreciaban! ¡Ustedes fueron, con su actitud, quienes encendieron el odio del señor Mac Laglen, no al revés!

—Luego, usted admite que el señor Mac Laglen odiaba a sus socios y personal en general —deslizó suavemente Mac Intosh.

—¡Sí, señor, los odiaba! Como podría odiarlos cualquiera que se sintiera rechazado y humillado.

—No vamos a discutir eso, señor Morton. Pero hay una cosa que no entiendo en absoluto: si el señor Mac Laglen odiaba a sus socios y al personal de la empresa en general…, ¿por qué no arruinar la

empresa, en lugar de ofrecerle la oportunidad de hacerse con toda su fortuna y continuar adelante?

—Porque él sabía que unos se harían daño a otros en cuanto se pusiera en funcionamiento el juego de buscar sus ojos… ¡Ah, los conocía muy bien, sabía que se lanzarían unos contra otros, que se harían pedazos…!

—Digamos, entonces —dijo, siempre serenamente Mac Intosh—, que el señor Mac Laglen planeó una especie de venganza utilizando a las propias víctimas, arreglando las cosas de modo que unos se enfrentaran a otros, por codicia. ¿Es así, señor Morton?

—¡Exactamente! ¡Los conocía muy bien, sabía que se despedazarían por ser cada uno el que ocupara su lugar! ¡Así que lo arregló todo para que se matasen unos a otros!

—Parece que eso… le satisface a usted, señor Morton.

—¿A mí? Bueno, la verdad es que nunca creí que lo hiciesen, pero ya que lo han hecho… ¡allá ellos! ¡Y queda demostrado que el señor Mac Laglen los conocía bien!

—Mucho me temo, señor Morton, que usted no ha captado el exacto significado de mi explicación. Yo tengo la certeza de que ninguno de los implicados en el asunto ha estado matando a otros.

—¿Cómo que no?

—No, señor, no lo han hecho.

Aldo Morton se quedó mirando a Mac Intosh, miró luego a Max y a Janet, y de nuevo miró al inspector.

—Entonces… ¿quién lo ha hecho?

—Creí que usted ya había entendido que si le hemos rogado que viniera desde Francia ha sido porque esperábamos su colaboración, como le he dicho hace unos momentos. Ya hemos entendido que el señor Mac Laglen debe… sentirse muy satisfecho en su tumba por todo lo sucedido, pero…

—No está en ninguna tumba, sino en el mar. Yo arrojé sus cenizas al Mediterráneo, inspector.

—Era un modo de hablar. De un modo u otro, digamos que lo sucedido haría disfrutar mucho al señor Mac Laglen si éste pudiera enterarse de ello. ¿Cierto?

—¡Ya lo creo que sí! —Pasó un ramalazo de risa por los ojos de Aldo Morton.

Mac Intosh entornó los párpados.

—Todo eso nos lleva a suponer, señor Morton, que las cosas no han sucedido casualmente, sino que fueron preparadas así por el señor Mac Laglen. Es decir, para ser completamente claro: que fue el señor Mac Laglen quien preparó todo este… horror que hemos estado padeciendo aquí.

—Dígame, inspector: ¿cómo puede un muerto hacer nada en el mundo de los vivos?

—Él de ninguna manera. Pero puede encargar a alguien que lo haga. Señor Morton, alguien ha estado cometiendo atrocidades por aquí, y tengo la certeza de que lo ha hecho por encargo o expreso deseo del señor Mac Laglen. ¿Usted no sabe quién es esa persona?

—No. ¿Sospechan de mí?

—Sospechábamos de usted —admitió Mac Intosh—, pero ya sabemos que ha estado en Francia. Vamos a enfocar el asunto de otro modo. ¿Hay alguna persona más que se beneficiaría de la muerte de todos los que formaban el grupo que debía buscar los ojos? ¿Qué pasa si todos ellos mueren?

—Toda la fortuna del señor Mac Laglen irá a parar al Gobierno, para que se invierta en armamento.

—En armamento… El señor Mac Laglen podía haber destinado su fortuna a obras más… meritorias, ¿no le parece?

—Cada cual hace lo que quiere con su dinero.

—Sí, pero hay cosas mejores que fomentar odios entre socios, incluso asesinatos…, y destinar luego una autentica fortuna a fabricar armamento…, que sólo servirá para que más personas se maten. ¿No está de acuerdo?

—El dinero no era mío, sino del señor Mac Laglen.

—Un dinero que sólo está sirviendo para provocar asesinatos y potenciar más muertes en el futuro.

—Pídale explicaciones al señor Mac Laglen.

—Fina ironía la de usted, señor Morton. En definitiva, no conoce usted a nadie que pueda beneficiarse de la muerte de los socios del señor Mac Laglen. Sólo al Gobierno. Lo que significa que, o sospechamos del Gobierno como instigador y agente material de varios asesinatos para hacerse con tres millones y medio de libras…, o sospechamos del señor Novack y la señorita Trenton, únicos vivos y por tanto únicos beneficiarios de ese dinero.

—Si encuentran los ojos del señor Mac Laglen —sonrió Morton.

—¿Y si no los encuentran?

—Si en el plazo de un mes no los han encontrado, todo irá destinado a la fabricación de armamento.

—Eso aparte de que las vidas del señor Novack y la señorita Trenton van a estar en todo momento pendientes de un hilo. Porque, señor Morton, el Gobierno, naturalmente, no ha intervenido en este canallesco y absurdo asunto que sólo una mente criminal podía idear. Y en cuanto a la señorita Trenton y al señor Novack, sé que no han sido ellos. Entonces, queda alguien más. Alguien que lo ha estado haciendo todo, yendo de un lado a otro, matando con crueldad y con firmeza, sin vacilar en ningún momento. Alguien frío, decidido, implacable… ¿Está de acuerdo conmigo?

—No sé. No entiendo bien lo que dice.

—Le estoy preguntando, señor Morton, si usted sabe de alguien que últimamente estuviera visitando con cierta regularidad al señor Mac Laglen, alguien que pudiera… haber sido contratado para que llevara a cabo una… venganza *post mortem* ¿Se le ocurre alguien?

—Claro que no —gruñó Morton—. ¡Eso es una infamia de usted! ¡Se han matado entre ellos, eso es todo! ¡Y si sólo quedan vivos estos dos, la cosa está bien clara!

—Si tan claro lo ve, señor Morton, explíquenoslo, por favor.

—¡Ya se lo he dicho! El señor Mac Laglen sabía que todos eran codiciosos, les tendió esa trampa, y ellos cayeron en ella, matándose unos a otros. Y si solamente el señor Novack y la señorita Trenton quedan con vida… piense usted lo que quiera.

—Estaría de acuerdo con usted si mientras morían los Stoddard no hubieran estado conmigo el señor Novack y la señorita Trenton —murmuró Mac Intosh—. De modo, señor Morton, que sólo nos queda una explicación: el señor Mac Laglen tenía sus dudas respecto a que sus socios se mataran unos a otros, de modo que lo arregló todo para que pareciese que había sido así, pero en realidad, alguien lo ha estado haciendo. Alguien que todavía anda suelto por ahí.

—Yo no tengo nada más que decir —gruñó Aldo.

—En cambio —intervino suavemente Max—, yo tengo una pregunta que hacerle, Aldo: ¿qué tenía el señor Mac Laglen contra mí? ¡Ni siquiera nos tratábamos, apenas le vi en total media docena de veces!

—Contra usted, nada: contra su padre.

—¿Contra mi padre? ¡Pero mi padre murió hace dos años, antes que el señor Mac Laglen!

—Eso no extingue el odio, señor Novack.

—Por Dios… De modo que odiaba a mi padre, y como él ya estaba muerto, quiso extender su venganza, su rencor, contra mí… ¿Y qué tenía contra mi padre?

—Mientras su padre estuvo vivo, el señor Mac Laglen sólo fue presidente nominalmente, en la TVSE: todo el mundo consideraba al padre de usted como el hombre idóneo, inteligente, de personalidad encantadora… El odio nace por muchas causas, señor Novack, y ésta es tan buena como otra cualquiera. De modo que cuando, últimamente, el señor Mac Laglen se encontró mal, todavía aumentó más su odio contra todos. Temía morir, y le… enfurecía la idea de dejar tras él a una gran cantidad de seres odiados.

—Y en lugar de fastidiarlos sólo económicamente, arregló las cosas para que fuesen muriendo, asesinados, fuesen matándose unos a otros, o, como el inspector Mac Intosh cree, recurriendo a alguien que está haciendo… esa labor.

Aldo Morton encogió los hombros.

—¿Me necesitan para algo más? —preguntó.

—Si —dijo vivamente Mac Intosh—, ¿dónde están escondidos exactamente los ojos de Mac Laglen?

—¿Quiere decir el lugar exacto de la casa?

—Desde luego.

—Eso no puedo decirlo. El juego consiste…

—Señor Morton, ese juego ha costado ya muchas vidas. Y yo no quiero que cueste más. Por otra parte, la idea de que transcurra el mes sin que el señor Novack y la señorita Trenton hayan encontrado los ojos, y por tanto esa fortuna vaya a parar a la fabricación de armamento, no me seduce, personalmente. Así que, si usted no nos dice dónde están los ojos del muerto, yo voy a enviar a Mac Laglen Manor cien o doscientos hombres, todos los que pueda conseguir, para que colaboren en esa búsqueda. Muchos de esos hombres serán especialistas… ¿Cree que tardaremos mucho en encontrar los ojos, por mucho que usted los haya escondido?

—No los encontrarán —sonrió Aldo Morton.

Mac Intosh sonrió perversamente.

—En ese caso, señor Morton, consideraré que los ojos del muerto no están escondidos en Mac Laglen Manor, lo que significará que usted ha jugado sucio, siguiendo o no consignas del señor Mac Laglen. Y si considero esto, será lo mismo que considerarle a usted cómplice de un buen número de asesinatos… Me temo mucho que eso le complicaría la vida, señor Morton.

—¡Usted no puede hacer eso! ¡Los ojos han de buscarlos los interesados!

—¿Por qué? —Sonrió de nuevo Mac Intosh—. Estuve esta mañana conversando con el notario señor Pilkington, y me aseguré de que no hay ninguna condición expresa en ese sentido en el testamento. No hay ninguna condición que impida a los posibles herederos recabar ayuda de otras personas. Así que me propongo ayudar a la señorita Trenton y al señor Novack. Y, señor Morton, será mejor para usted que mis hombres, y los que pida en otras prefecturas, encuentren esos ojos.

Aldo Morton dejó caer la cabeza.

—Jamás los encontrarían —susurró—. Yo les diré dónde están.

—Más que decírnoslo, va a venir usted con nosotros ahora mismo a Mac Laglen Manor, y, en mi presencia, retirará los ojos de su escondite. Así, que… ¿nos ponemos en camino?

* * *

Los pérfidos ojos del muerto estaban, sin duda, en un buen escondite, y al mismo tiempo, al alcance de cualquiera. Aldo Morton retiró uno de los troncos que había junto a la chimenea, listos para ser utilizados, y, bajo la expectante mirada de los presentes, lo partió en dos mitades utilizando un cuchillo de cocina. Entonces, todo fue fácil de comprender: Morton había partido el tronco, había hecho un hueco en el centro, y había colocado en él los ojos de Mac Laglen; luego, había pegado las dos mitades del tronco, longitudinalmente, con tal habilidad que nadie habría podido imaginar jamás que los ojos estuvieran dentro…

Y ahora ya no estaban dentro del tronco, sino en la mano del inspector Mac Intosh, que no pudo evitar un estremecimiento al ver aquellas pupilas vitrificadas. Cuando miró a Janet Trenton y vio su expresión, sonrió de lado, y tendió los ojos a Max.

—Estoy seguro de que ustedes dos llegarán a un acuerdo, señor

Novack, así que oficialmente los ha encontrado usted.

—Max, no los toques —jadeó Janet—. ¡Son horribles, son repugnantes!

Max se pasó la lengua por los labios, y sonrió, tendiendo la mano.

—Alguien se los ha de entregar al señor Pilkington, cariño.

* * *

—¿Y qué hago yo ahora con ellos? —masculló el notario, mirando los ojos, depositados sobre su mesa.

—Una vez el señor Morton los haya identificado verbalmente ante usted, haga lo que quiera —dijo Max.

—Son los ojos del señor Mac Laglen —dijo sombríamente Aldo Morton—. Pero, señor Novack, usted olvida que deberá tenerlos toda la vida en su mesa de trabajo, ante usted, mirándole.

—Había olvidado eso —sonrió Max—. De acuerdo, así lo haré. Y espero que los ojos del muerto se acostumbren al sol de España, o su vista quedará muy perjudicada.

—Eso es tétrico, señor Novack —sonrió Mac Intosh.

—Lo admito. Bien, señor Pilkington, entiendo que hasta dentro de un mes no se procederá a la formalización definitiva del testamento, así que me pregunto si hay algún inconveniente en que yo regrese a España y vuelva por aquí dentro de cuatro semanas.

—Ningún inconveniente, por mi parte —negó el notario.

—¿Cuándo se va usted? —preguntó Mac Intosh.

—*Nos vamos* —aclaró Max, mirando un instante a Janet—. Por la mañana iré a Waverly Station a ver si consigo billete para el tren nocturno a Londres, donde empalmaremos para París. Caprichos de Janet, que quiere pasar allí una semana. Y mientras yo intento adquirir esos billetes, ella arreglará sus cosas en Edimburgo.

—Es una buena idea —asintió Mac Intosh—. ¿Y usted, señor Morton?

—Yo me quedaré unos días. Mi hermana me ha autorizado a vender su apartamento, y voy a ocuparme de ello. En cuanto haya formalizado la venta, regresaré a Sainte Maxime-sur-Mer.

—Bien —suspiró Mac Intosh—, para ustedes todo ha terminado bien. En cambio, para mí apenas ha empezado. Y digo esto porque tengo la certeza de que, en alguna parte, alguien ha cometido una

serle de asesinatos…, y debe estar esperando todavía la oportunidad de terminar la labor que se le encomendó. Sí, señor Novack: lo mejor que pueden hacer usted y la señorita Trenton es poner tierra de por medio… ¡Y cuanto antes, mejor!

CAPÍTULO VIII

A la hora prevista, el tren con destino a Londres partió de Waverly Station. Edimburgo. En uno de los compartimientos, Maxwell Novack y Janet Trenton, se miraron, y sonrieron un tanto tensos.

—De todos modos —dijo Max—, la idea de pasar una semana en París no es nada mala.

—Me gusta más la otra idea.

—¿La de casarnos en España?

—¡Oh, eso ya es celestial! —Consiguió reír Janet—. Pero me refería a la otra, la del destino que has pensado darle a la fortuna del señor Mac Laglen cuando sea puesta a tu nombre.

—Era lo lógico. Quedará reinvertida automáticamente en la TVSE, para que los empleados de esta sigan teniendo trabajo. Y los dividendos se repartirán entre ellos en un cincuenta por ciento. El resto, irá destinado a obras sociales…, cosa que espero haga brincar de rabia a Mac Laglen en su tumba. Nosotros tendremos más que suficiente con las trescientas mil libras y mis dividendos de siempre. Con ese dinero, podremos darnos la gran vida en España…, y dedicarnos a escribir buenos libros de Historia…

—En cuanto a Mac Laglen, ni siquiera está en una tumba, recuerda.

—Ah, es cierto. Está en el Mediterráneo —Max reflexionó unos segundos, y masculló—: No se lo merece. Bueno, ¿qué te parece si dormimos un rato? Son trescientas cincuenta millas de viaje, así que tenemos tiempo de echar un sueñecito…

* * *

Afuera, en el pasillo del vagón, el hombre que miraba por la ventanilla la oscura campiña, veía también la puerta del compartimiento que ocupaban Janet y Max. En realidad, miraba

más esto que el oscuro paisaje salpicado de luces diseminadas. Y así, vio cómo se apagaba la luz que hasta entonces se había visto como unas rayas amarillentas por los lados de las cortinillas de puerta y ventanas…

El hombre miró su reloj de pulsera. Luego, con sus grandes manos velludas, nervudas, fortísimas, sacó cigarrillos y el encendedor. Prendió un cigarrillo, y continuó allí de pie, inmóvil, siempre como contemplando el oscuro exterior. El cristal reflejaba bastante bien su rostro, sus hombros anchos, su fuerte cuello. Era el suyo un rostro inexpresivo, sólido, de ojos oscuros, boca delgada y grande, hermética; espesas cejas, mentón saliente. Cada vez que chupaba del cigarrillo, aquellas facciones se iluminaban levemente en rojo, creando un juego de sombras, dándole como una nueva expresión cruel, implacable.

El tren dejó atrás la primera estación importante, Hawick. Más tarde, también Carlisle quedó atrás. El hombre había permanecido todo el tiempo allí, fumando varios cigarrillos. Cada vez que algún pasajero recorría el pasillo, lo miraba de reojo, escrutadoramente, con desconfianza. Después de pasada Carlisle, los pasajeros que circulaban por el pasillo arriba y abajo escasearon. Poco después, pareció que ya nadie tuviera nada que hacer fuera de su compartimiento en el vagón con camas.

El hombre aplastó el último cigarrillo en el borde del cenicero que tenía más cerca. Luego, recorrió el pasillo, y se detuvo ante la puerta del compartimiento que ocupaban Max y Janet. Una de sus manos manipuló hábilmente con una llave de tren en la cerradura del compartimiento, que cedió enseguida. El hombre empujó la puerta lo justo para entrar, cerrando inmediatamente tras él. El compartimiento estaba a oscuras. En la ventanilla de frente a la puerta, la cortinilla también había sido bajada, y sólo por los lados se veía un leve resplandor de noche.

Levísimo resplandor, pero que a los pocos segundos permitió al hombre ver el bulto en cada litera.

Una fría sonrisa estiró los delgados y crueles labios del sujeto, mientras sacaba de un bolsillo los dos ojos de cristal con mecanismo de luz, como una linterna cuyo foco de iluminación estuviera en las pupilas, que parecieron arder cuando el hombre, tras colgarse del cuello los dos ojos unidos entre sí por un hilo de plástico y

pendientes de otro hilo que había pasado por el cuello, accionó el pequeño mando de la parte posterior de los globos oculares.

En la oscuridad, pareció que dos crueles ojos se hubieran abierto, iluminando su entorno, dejando ver ahora mejor los dos bultos en las literas.

Silenciosamente, el hombre sacó una enorme navaja, que fue abriendo lentamente. La hoja de acero, de casi un palmo de longitud, reflejó la luz de los pérfidos ojos de cristal, los ojos-linterna.

El hombre se acercó a las literas, puso la mano izquierda sobre el bulto que había en una de ellas, y lo zarandeó, mientras alzaba la mano derecha empuñando la navaja.

—Eh —dijo—. ¡Eh!

Y al mismo tiempo, mientras la persona durmiente debía despertar y volverse hacia el hombre, éste lanzó la primera cuchillada… que apenas sonó, blandamente, sobre el montón de ropa. El hombre quedó inmóvil un instante, y estaba a punto de lanzar una imprecación cuando la voz sonó tras él, al mismo tiempo que aparecía una luz.

—¡Es él! —Gritó Max—. ¡Es él, ha entrado!

El hombre se volvió ferozmente hacia la puerta del lavabo privado del compartimiento. Desde allí, recortando la silueta de Max Novack, la luz iluminó de modo incierto la figura gigantesca y el rostro del hombre, que por fin lanzó la imprecación, y dio un paso hacia el lavabo…

—¡No se mueva! —Gritó Max—. ¡Le estoy apuntando con una pistola! ¡Douglas. Sean…! ¡Doug…!

La puerta del compartimiento se abrió en aquel momento, y la luz de éste fue encendida. En el hueco de la puerta, codo a codo, aparecieron los detectives Sean y Douglas, empuñando sus armas, pues sabían que se las habrían de ver con un asesino implacable.

—¡No se mueva! —Ordenó con voz aguda Douglas—. ¡Y deje caer esa navaja!

Los fríos ojos del hombre giraron de un lado a otro: hacia las literas, donde sólo había ropa amontonada; hacia Max, que le miraba con los ojos muy abiertos, impresionado por el aspecto terrible del desconocido; hacia la puerta, donde Douglas y Sean permanecían, tensos, vigilantes…

De pronto, soltó un gruñido, y saltó hacia Max, alzando la enorme navaja, dispuesto a descargar el golpe.

Max, Douglas y Sean dispararon al mismo tiempo. La bala disparada por Max pasó rozando la cabeza del hombre, y se clavó sobre la litera superior. Las balas disparadas por los dos policías hicieron blanco, una en un costado del hombre, la otra en la espalda. El sujeto lanzó un bramido, y cayó de rodillas, pero, para pasmo y espanto de todos, se puso nuevamente en pie de un salto, barbotando:

—Os voy a matar… ¡Tengo que mataros!

De nuevo caminó hacia Max, alzando la mano armada. Maxwell Novack parecía petrificado. La incredulidad y el horror no le permitían reaccionar… Desde la puerta, Douglas y Sean volvieron a disparar. El hombre lanzó un aullido, se tambaleó, y dio otro paso hacia Max, que disparó a su vez por fin, con un parpadeo de angustia. El hombre volvió a estremecerse.

—Mal… dito seas… ¡Tengo que mat…!

Inició otro paso, y su nervuda mano se dispuso a asestar el golpe contra el pecho de Max, que permanecía en la puerta del lavabo como si sus pies estuviesen clavados al suelo.

Pálido como un muerto, el policía Douglas supo que no era posible mantener por más tiempo la situación y tiró a matar. La bala dio en la espalda del hombre, en la parte izquierda, y penetró en el cuerpo hasta el corazón. De nuevo se estremeció el hombre soltando un bramido. Y quedó de pie, con el brazo en alto… Se oía el traqueteo del tren, y, en el pasillo, gritos de personas, llamadas, un silbato…

Frente a frente con Max Novack, el hombre permanecía en pie. Más tarde, sabrían que su nombre era Roger Acklee. Ahora sólo sabían que era como una enorme y poderosa bestia que parecía que no fuese a caer nunca. Una bestia fanática que, con varias balas en el cuerpo y una en el corazón, se mantenía en pie, todavía en actitud amenazadora hacia Max Novack.

De pronto, los ojos del hombre giraron, su cuerpo se relajó, el brazo cayó inerte… De su boca escapó un chorro de sangre. Se desplomó hacia atrás.

Dentro del lavabo del compartimiento, Janet Trenton lloraba como nunca había llorado en su vida.

Ciertamente, era noche de llorar, no de dormir.

* * *

Aldo Morton se removió en la cama, y finalmente abrió los ojos. Su mirada localizó el reloj de esfera luminosa en la mesita de noche. Las siete y cuarenta minutos. Ya debía ser de día, pero había cerrado bien las ventanas, de modo que no veía la luz. Se había acostado tarde, con la intención de…

De pronto, recordó que se había despertado por algo que había oído. Se sentó en la cama de un salto.

Y entonces vio los pérfidos ojos en la oscuridad, en la puerta del dormitorio. Aquellos ojos pérfidos relucientes que parecían mirarlo, suspendidos en la oscuridad.

—Maldito sea —jadeó Morton—. ¡Qué susto me ha dado! Vamos, déjese de tonterías. Acklee.

Se volvió hacia la mesita de noche, y accionó el interruptor de la lamparilla. La luz no se encendió. Morton lanzó una exclamación, y su mirada desorbitada se volvió hacia los pérfidos ojos del muerto.

—¡Acklee, ya está bien! ¿Qué estúpida broma es ésta? ¡Déjese de tonterías! ¿Lo ha hecho? ¿Los ha matado también a esos dos?

Se oyó un chasquido, como de dos dedos. La luz de la habitación se encendió.

En la cama, Aldo Morton dio un brinco, palideciendo intensamente. Se quedó luego mirando con expresión desorbitada al inspector Mac Intosh, que le contemplaba con expresión inescrutable. Del cuello de Mac Intosh pendían por medio del hilo de nylon los dos globos oculares, todavía encendidos.

—Como puede ver, señor Morton —dijo el policía suavemente —, no soy Roger Acklee.

—¿Qué… qué significa esto? —consiguió jadear Morton.

—Dígamelo usted.

—¿Yo?

Por detrás de Mac Intosh aparecieron Douglas y Sean, ambos pálidos. Mac Intosh movió un pulgar hacia ellos.

—La otra noche, el asesino los burlo, pero se han quitado la espina. No sólo han realizado ahora la labor de entrar conmigo en su apartamento, sigilosamente, sino la de cortar la luz… y encenderla de nuevo a mi señal. Pero aún han hecho más: esta

noche, en el tren que iba hacia Londres, han detenido a Roger Acklee cuando éste se disponía a asesinar a sus últimas víctimas: Max Novack y Janet Trenton. Inmediatamente han hecho parar el tren, y han regresado en automóvil a Edimburgo. Y, señor Morton, con lo que nos ha dicho Roger Acklee me ha parecido que tenía suficiente para hacerle esta visita.

—¿Qué les ha dicho? —susurró Morton.

—Que es un asesino profesional, y que usted le contrató para que llevara a cabo toda una serie de asesinatos digamos en circunstancias y condiciones especiales, espectaculares. Todavía me estremezco cuando pienso que un solo hombre ha podido hacer todo eso. Requiere sangre fría, crueldad…, un corazón podrido, señor Morton. Deberíamos resistirnos a creer que pueda haber en el mundo gente como Roger Acklee… y como usted, que le contrató.

—¿Él ha dicho todo eso?

—Precisamente, he venido a buscarlo a usted para que nos acompañe y escucharles a los dos juntos. ¿Será tan amable de vestirse y acompañamos?

Aldo Morton aspiró profundamente.

—Está bien… ¡Pero no me arrepiento de nada!

—Sorprendente —musitó Mac Intosh, lívido—. Pero eso ya no tiene importancia. Quizá cuando reflexione y se dé cuenta de lo que ha organizado usted llegue a sentir algo así como remordimientos.

—¡Nunca! ¡Se lo merecían todos! ¡Eran unos malditos canallas miserables que amargaron la vida del señor Mac Laglen! Por eso, él ideó lo de la herencia… ¡Quería que se despedazaran unos a otros! Pero yo… yo sabía que no lo harían, que podrían estafarse e insultarse, pero que eran demasiado cobardes para agredirse. De modo que organicé las cosas a mi manera.

—Sin embargo, usted debía saber que tarde o temprano se llegaría a la conclusión de que no habían podido matarse entre ellos, señor Morton.

—Sí, pero sabía a qué otra conclusión llegarían —Aldo Morton sonrió cínicamente—. Usted mismo lo dijo: el señor Mac Laglen había encargado esas muertes antes de morir para que se llevaran a cabo después de muerto él, por si algo fallaba que ya no pudieran hacerle nada. Pero no, no fue el señor Mac Laglen quien hizo eso, sino yo. ¡Sí, yo contraté a Acklee, y le di todas las instrucciones! Los

odiaba a todos, porque amargaron la vida de mi amo…, y él me la amargó a mí. ¡Por eso, para vengarme también de él, no tiré sus cenizas al mar, como me había pedido, sino que las tiré a una cloaca…! ¡Je, je, a una cloaca!

—Lo que significa que tarde o temprano llegarán al mar, de un modo u otro, ¿no le parece?

—¡Convertidas en basura, pisoteadas por las ratas…! ¡Je, je, me he vengado de todos, de todos…!

—No de todos, el señor Novack y la señorita Trenton siguen vivos su viaje hacia París, con nuestro agradecimiento por haber aceptado servir de cebo para el asesino. Son una pareja de jóvenes muy valientes, que se han merecido que no les molestemos más. Espero que disfruten de la herencia de Mac Laglen y de la vida. Así que, señor Morton, deje usted de reír, vístase, y venga con nosotros. La diversión ha terminado para usted.

—Mala suerte. Pero ha sido fantástico mientras ha durado. ¡Lo que disfruté cuando ayer me explicó Acklee cómo los había ido matando a todos! ¡Y los dos nos reímos juntos cuando…!

—Señor Morton —sonrió fríamente Mac Intosh— deje de intentar hacernos creer ahora que está loco, o algo así. Sabemos que está completamente cuerdo. En cuanto al tal Roger Acklee dudo mucho que pueda acompañarle en sus risas: está muerto.

—¡Cómo que está…! ¡Usted ha dicho…!

—Una cosa es lo que yo diga, y otra cosa es la que haga. El asesino murió, pero usted no lo sabía, y ha dicho todo cuanto yo quería oírle decir. Y ahora, señor Morton, ¿sale usted de la cama, o… lo saco yo a patadas?

Aldo Morton sólo pudo soportar la mirada de Mac Intosh durante unos pocos segundos. Luego, mansamente, salió de la cama.

Efectivamente, había terminado el juego de los pérfidos ojos del muerto.

Éste es el final

—¡Max! ¡No me gustan estas bromas!

Max Novack se quedó mirando como sorprendidísimo a Janet Trenton. Luego, desconcertado, miró los ojos del muerto, colocados sobre la mesita de noche de la habitación que habían tomado en un hotel de París.

—¿No crees que les estás dando demasiada importancia, querida mía? —Sonrió por fin.

—¡Haz el favor de guardarlos!

De nuevo miró Max los ojos del muerto…, ante los cuales había colocado unas gafas de sol, de muy oscuros cristales.

—Me parece que con esos cristales tan oscuros no puede ni vernos. Por cierto, que teniendo en cuenta el sol que luce en el sur de España, Mac Laglen va a necesitar esos lentes. ¡Y mucho!

—Max, si no los escondes…

—¿Por qué estás tan nerviosa? El inspector Mac Intosh nos ha llamado, nos ha dicho cómo ha terminado todo, ya no debemos temer nada de nada… ¡Y menos que nada de los ojos de un pobre muerto!

—¡Max! ¡Si no escondes esos ojos en cualquier parte, te juro que me voy de esta habitación!

Max Novack respingó, y se quedó mirando alarmadísimo a la bellísima Janet, que, desnuda en la cama, le contemplaba con expresión firmísima de cumplir su amenaza.

—Caramba —masculló Max—. ¡Eso sí que no!

—¿Los vas a esconder por fin? —suspiró Janet.

—Voy a hacer algo más que eso —murmuró Max—. En cuanto encuentre en alguna parte un incinerador o triturador de basuras, los voy a tirar dentro, para que desaparezcan para siempre. ¡Y me gustaría saber si alguien va a reprocharme eso! Incluso el señor Pilkington se hará el loco cuando le diga que los ojos de Mac Laglen

están en Sevilla. ¿Estás de acuerdo?

—Sí… ¡Sí!

Max Novack abrió el cajón de la mesita de noche y empujó dentro los ojos y los lentes de sol. Cerró el cajón y dijo:

—¿Sabe, señor Mac Laglen? Lo que vamos a hacer ahora Janet y yo no es conveniente para sus pérfidos ojos… ¡Se moriría usted de envidia!

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…